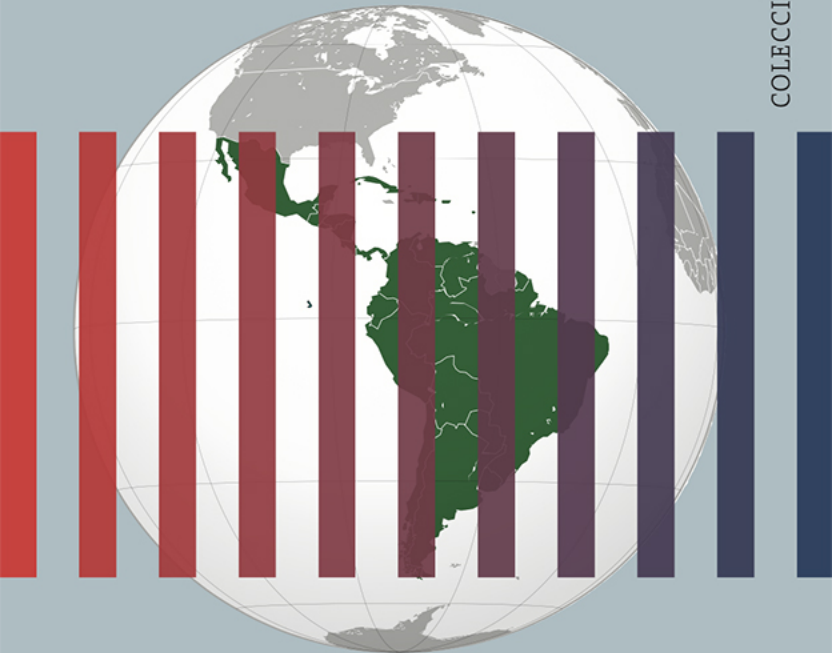


COMBATES POR LA HISTORIA

en la Guerra Fría
latinoamericana

Rafael Rojas

COLECCIÓN **MIRADAS A LA HISTORIA**



Academia Mexicana de la Historia | Secretaría de Educación Pública

**COMBATES
POR LA HISTORIA**
en la Guerra Fría
latinoamericana

Rafael Rojas

COLECCIÓN **MIRADAS** A LA HISTORIA

Directora de la Colección: Elisa Speckman Guerra

Diseño, formación y portada: Ónix Acevedo Frómata

Revisión de textos: Jorge Luis Merlo Solorio

Impresión: Estampa Artes Gráficas

Primera edición: 2024

Edición en PDF: 2025

D.R. Rafael Rojas

D.R. Academia Mexicana de la Historia

D.R. Estampa Artes Gráficas S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-8740-42-0

Imagen de portada: Ilustración digital de Ónix Acevedo Frómata

MESA DIRECTIVA DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

Javier Garcíadiego Dantan (Director), Gisela von Wobeser (Censora),
Rodrigo Martínez Baracs (Secretario) y Elisa Speckman Guerra (Tesorera)

COMITÉ EDITORIAL DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

Virginia García Acosta (Presidenta), Araceli Almaraz Alvarado, Felipe Castro,
Carlos Illades, Cynthia Radding, Antonio Rubial García,
José Antonio Serrano Ortega, Elisa Speckman Guerra y Gisela von Wobeser

Esta obra se realizó con el subsidio de la Subsecretaría de Educación Superior
de la Secretaría de Educación Pública.

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reeditada, reproducida
en forma electrónica o impresa, fotocopiada o utilizada con fines de lucro sin
autorización por escrito de los editores y/o del autor.

Impreso y hecho en México

Índice

Introducción	7
Latinoamericanismo y anticomunismo	13
La revolución preferida	25
El latinoamericanismo soviético	36
Una revista argentina	48
La escuela mexicana	66
A modo de conclusión	87
Notas	90
Bibliografía	92

Introducción

SE ENTIENDE POR GUERRA FRÍA al periodo que arranca en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y desemboca en la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS entre 1989 y 1991. Se trata de un lapso de gran conflictividad a nivel global, regional y nacional, caracterizado por la carrera armamentística nuclear entre las fuerzas de la OTAN y el Pacto de Varsovia; la pugna ideológica entre las democracias liberales de Occidente y los socialismos reales de la Unión Soviética y Europa del Este; y una rivalidad científica, tecnológica y cultural a la que no fue ajena la historiografía.

La Guerra Fría no fue una confrontación centralmente europea. El proceso de mundialización que arrancó entre los siglos XV y XVI, mismo que llegó a su apogeo entre fines del siglo XIX y principios del XX, no hizo más que acelerarse en la era bipolar. La mayor parte del planeta se vio involucrada en una rivalidad múltiple que puso a prueba las formas de convivencia a nivel doméstico e internacional. América Latina y

el Caribe, en tanto región inscrita en el hemisferio hegemonizado por Estados Unidos, fueron escenario de múltiples debates intelectuales que se reflejaron en la producción académica de la Historia.

En los últimos años, la historiografía sobre la Guerra Fría ha impulsado nuevas interpretaciones que resemantizan ese concepto central de la historia de la segunda mitad del siglo xx. Frente a interpretaciones tradicionales que asociaban la Guerra Fría al mundo bipolar surgido tras la Segunda Guerra mundial, los nuevos estudios de Odd Arne Westad, Daniela Spenser, Greg Grandin, Gilbert Joseph, Hal Brands, Eric Zolov, Renata Keller y Vanni Pettinà, han ampliado espacial y temporalmente el campo semántico del concepto.

Estos historiadores proponen localizar las raíces de la Guerra Fría en los años que siguieron a la revolución bolchevique y la gran tensión entre comunismo y capitalismo, la cual antecedió y sucedió al ascenso y caída de los fascismos entre los años 20 y 40 del siglo xx. Aquel conflicto se vio acentuado por el proceso de descolonización del Tercer Mundo, que se aceleró desde el periodo de entreguerras y que alcanzaría su máximo dinamismo a partir de la Conferencia de Bandung en 1955.

La reinterpretación historiográfica de la Guerra Fría ha llevado a relativizar, también, su supuesto desenlace a finales del siglo xx. Muchos de los elementos característicos del llamado mundo bipolar, como la rivalidad entre superpotencias como Estados Unidos y la Unión Soviética en las franjas periféricas de América Latina, Asia y África, han continuado signando la

historia global después de la caída del Muro de Berlín. La imprecisión de la fórmula binaria o bipolar ya era evidente desde los años 70, con el entendimiento entre Estados Unidos y China. A partir de los 90, con el despegue económico de la gran nación asiática, la lógica multipolar del reparto global no ha hecho más que afianzarse.

La nueva historiografía insiste en no circunscribir el conflicto a la pugna militar y tecnológica, pero reconoce en esa dimensión el eje de buena parte de los conflictos globales de la segunda mitad del siglo xx. La carrera armamentista (especialmente en su faceta de producción atómica y nuclear) y la conquista del espacio fueron dos áreas donde los superpoderes midieron fuerzas. Dicha medición de fuerzas recurría con frecuencia a alardes y simulaciones simbólicas (por ejemplo, desfiles militares en la Plaza Roja, lanzamientos de cohetes en Cape Canaveral, grandes despliegues propagandísticos) pero alcanzaba altos grados de confrontación tangible en países periféricos.

Gran parte de los conflictos militares del Tercer Mundo fueron capítulos de aquella larga Guerra Fría: la pugna de las dos Coreas (1950-1953); los choques militares entre Israel y diversos países árabes (Líbano, Siria, Irak, Irán, Egipto) en 1948, en 1956 por el Canal de Suez, entre 1967 y 1970 luego de la campaña de los seis días, las ofensivas de Yom Kipur o del Ramadán en 1979; los procesos de descolonización en el Norte de África; el conflicto de Afganistán; la guerra de Viet Nam (1955-1975); la lucha contra el *apartheid* en Sud-

áfrica; las guerras civiles en el Congo, Angola o Etiopía y la independencia de Namibia.

El arraigo que llegó a tener el llamado “modelo socialista de desarrollo”, impulsado por la URSS, Europa del Este, China, Viet Nam y Cuba, entre otros países de Asia y África en los años de la descolonización, da cuenta de la mundialización de la Guerra Fría. En amplias zonas del Tercer Mundo, sin excluir el África subsahariana o las guerrillas marxistas suramericanas, aquella lucha de vida o muerte era asumida por miles de jóvenes latinoamericanos, africanos y asiáticos como una epopeya socialista y nacionalista contra el capitalismo y el imperialismo.

Entre los años 50 y 70 del siglo XX, el horizonte ideológico del conflicto, estudiado por Patrick Iber, alcanzó su mayor densidad. A los proyectos culturales de la CIA, como el Congreso por la Libertad de la Cultura, se enfrentaron las grandes iniciativas del bloque soviético como el Congreso Mundial por la Paz. El campo intelectual mundial se vio zanjado en una dicotomía que no lograba trasplantarse plenamente en todos los contextos regionales y nacionales, pero que involucraba a buena parte de la élite letrada global.

La disputa intelectual (o específicamente ideológica) alcanzó a la historiografía. Académicos de la Historia y las ciencias sociales en la Unión Soviética y Estados Unidos se enfrascaron en discusiones sobre la historia universal que comprometían las ideologías en pugna: el marxismo-leninismo y el liberalismo democrático. Dentro de esas disputas ocupó un lugar

central la región de América Latina y el Caribe en tanto zona de civilizaciones originarias; de conquista, evangelización y colonización por parte de las monarquías católicas de España y Portugal; así como de independencias, guerras civiles, revoluciones y populismos.

Las polémicas entre los historiadores de la Guerra Fría se plasmaron en publicaciones como la estadounidense *Hispanic American Historical Review* (HAHR) y la soviética *Voprosy Istorii*. Muchos historiadores latinoamericanos, particularmente en México, Argentina, Brasil y Cuba, también se involucraron en esos debates, como puede leerse en revistas como el *Boletín del Instituto Ravignani* de Buenos Aires, *Casa de las Américas* de Cuba o *Historia Mexicana* de El Colegio de México.

En las páginas que siguen recapitularemos algunas de aquellas polémicas, sobre todo, las referidas a las revoluciones mexicana y cubana, así como los populismos varguista y peronista. Como podrá observarse, las discusiones iban más allá de la valoración que los historiadores soviéticos o estadounidenses, mexicanos o argentinos, podían hacer de procesos políticos puntuales. Las visiones de cada uno de esos fenómenos implicaban también conceptualizaciones precisas sobre el feudalismo o el capitalismo, el desarrollo o el subdesarrollo, la colonización y la soberanía, la democracia y el socialismo.

A través de las controversias historiográficas se hizo visible el amplio espectro ideológico de la Guerra Fría en América Latina. Hablamos de intensas querellas intelectuales que se daban en un presente

dramático, marcado por golpes de Estado, intervenciones estadounidenses, expansión de guerrillas marxistas e instauración de dictaduras militares. Aquel contexto fue el escenario de encarnizadas batallas por la Historia, ya no de Cuba, México o Argentina, sino de toda América Latina más el Caribe.

Latinoamericanismo y anticomunismo

LAS TRES PRIMERAS DÉCADAS del siglo XX fueron decisivas para la consolidación de la hegemonía hemisférica de Estados Unidos. Fue entonces, entre los gobiernos de Theodore Roosevelt y Calvin Coolidge, que se articuló definitivamente el imperialismo americano. Tras la guerra hispano-cubano-americana de 1898, la ocupación de Cuba, Puerto Rico y Filipinas y el control del canal de Panamá en 1903, Estados Unidos ejerció un dominio crecientemente directo de Centroamérica y el Caribe e incrementó su poder económico y diplomático sobre toda Suramérica.

Aquel primer tercio del siglo XX fue también decisivo para la profesionalización de la historia académica y, dentro de ésta, del campo de los estudios históricos latinoamericanos. A la luz de ese doble proceso, adquiere todo su sentido la fundación de la revista *HAHR* entre 1916 y 1918, como resultado de la demanda de los académicos latinoamericanistas dentro de la American Historical Association. Es interesante observar que algunos de los historiadores involucra-

dos en el nacimiento de la revista como Charles E. Chapman y Julius Klein, en realidad, eran estudiosos del imperio español que desde esa perspectiva imperial (muy endeudada con el panhispanismo peninsular), decidieron abrir un foro especializado en lo que primero llamaron Iberoamérica y luego Hispanoamérica.

Chapman se interesó en la historia de California y de Centro América a partir de su visión global del imperio español. Otro historiador norteamericano, James Alexander Robertson, luego de revisar los fondos documentales de la historia de Estados Unidos en los archivos peninsulares, dio a conocer sus estudios básicos sobre la Louisiana y las Filipinas. Los estudios de Robertson sobre Filipinas saltaban del análisis histórico a la intervención pública en aspectos de la administración neocolonial de esas islas del Pacífico por parte de Estados Unidos, en materias como la educación, la salud, la agricultura y la cuestión racial.

Ya para mediados de los años 20, aunque la revista siguió llamándose *Hispanic American Historical Review*, desde el núcleo editor, en el que pesaba considerablemente el latinoamericanista William Spence Robertson (autor de estudios clásicos sobre Francisco Miranda y Agustín de Iturbide, pero también de la formación de las naciones latinoamericanas del siglo XIX, sin excluir a Brasil), el territorio de estudio que proyectaba la publicación comenzó a identificarse como *América Latina*. Otros historiadores como William Ray Manning, enfocados hacia la historia de las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y las

nuevas repúblicas latinoamericanas en el siglo XIX, jugaron un papel determinante en esa inmersión del latinoamericanismo bajo el nombre de *Hispanoamérica*, como pudo constatarse en las conferencias de estudios latinoamericanos organizadas a partir de 1926.

Robertson y Manning, como un poco después Lesley Byrd Simpson, fueron de los primeros en trabajar con archivos latinoamericanos y poner a dialogar la producción historiográfica de Estados Unidos con la de América Latina, principalmente, con la mexicana y argentina. A pesar del hispanocentrismo originario de aquella historiografía, la obra de los historiadores latinoamericanos comenzó a ser valorada y difundida a través de *HAHR*. A fines de los años 40, cuando se cumplieron las tres primeras décadas de la revista, Lesley Byrd Simpson y otros historiadores debatieron la trayectoria de la publicación y ofrecieron una primera numeralia para su análisis.

Byrd Simpson apuntaba que el 44% de los contenidos de la publicación se había dedicado al siglo XIX, mientras que sólo un 10% trataba la primera mitad del siglo XX. Al sumar los porcentajes entre los siglos XV y XVIII se concluyó que un 35% de la publicación fue consagrada al periodo colonial. De manera que, a mediados del siglo XX, la visión histórica de América Latina en el campo académico de Estados Unidos estaba moldeada, fundamentalmente, por la historiografía sobre el siglo XIX.

Desde un punto de vista espacial, aquel estudio de Byrd Simpson señalaba que un 24% de la publicación estaba centrado en México, 11,5 % en Brasil, 11,5%

en las Antillas y 10% en el antiguo territorio hispánico de Estados Unidos. Esas regiones acaparaban la mayoría de la atención historiográfica de *HAHR*, seguidas de Argentina (9%), Centroamérica (6%), Perú (5.5%) y Venezuela (5%). Que *HAHR* mostrara más atención a la América Central que a los Andes o casi la misma atención a Brasil y a las Antillas, difícilmente podría explicarse sin el orden de prioridades que, para la mitad del siglo XX, había establecido Estados Unidos como potencia hemisférica.

Al momento del sordo estallido de la Guerra Fría, *HAHR* y la historiografía estadounidense debieron enfrentarse al ascenso de una producción intelectual latinoamericana que daba cuenta de la transformación social, económica y política de la región, impulsada por las revoluciones y los populismos. El desafío es perceptible en el balance de la revista sobre historia económica y social latinoamericana, realizado por Charles C. Griffin, y en el debate que provocó con Charles W. Hackett y otros historiadores norteamericanos.

Griffin, profesor del Vassar College de Nueva York, cuestionaba que la historiografía sobre las revoluciones de independencia del siglo XIX insistiera en que las mismas habían sido, más que movimientos de cambio social, procesos de cambio de autoridad en los nuevos estados nacionales y los imperios atlánticos. Recordaba Griffin el clásico de J. Franklin Jameson, *The American Revolution Considered as a Social Movement* (1926), en el que se refutaba la tesis de que la revolución americana, a diferencia de la francesa o la rusa, había sido fundamentalmente política.

Aunque Griffin refería una producción historiográfica fundamentalmente decimonónica (Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán en México, Bartolomé Mitre y Vicente F. López en Argentina, D. Barros Arana en Chile, M. Paz Soldán en Perú, J. M. Restrepo en Colombia, M. Baralt y R. Díaz en Venezuela), también aludía a algunos autores del siglo xx, cuyas obras estaban marcadas por el debate en torno a las revoluciones y los populismos como el peruano Luis Alberto Sánchez, el mexicano Alfonso Teja Zabre, el argentino Ricardo Levene y el colombiano Germán Arciniegas. Sin reparar en las notables diferencias ideológicas entre estos historiadores (los dos primeros, cercanos al nacionalismo revolucionario; los dos segundos, abiertamente antipopulistas), Griffin atinaba al considerar que la idea de las revoluciones como procesos de cambio social predominaba en América Latina a mediados del siglo xx.

En los años 50, *HAHR* proyectó en sus páginas el intenso debate sobre las nuevas revoluciones y populismos de la primera mitad del siglo. En la revista aparecieron artículos mayoritariamente críticos de aquellos procesos en Suramérica, mientras se consolidaba una corriente sumamente favorable a la Revolución mexicana. En 1950, Harris Gaylord Warren, profesor de la Universidad de Mississippi, escribió un largo ensayo sobre la paraguaya “Revolución de febrero” de 1936, que siguió a la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia. El historiador sostenía que el movimiento de la “democracia solidarista”, encabezado por Juan Stefanich, que intentó rebasar la tradición

liberal paraguaya del siglo XIX, anclada en la Constitución de 1870, podía equipararse a otras experiencias de “adaptación de las ideologías totalitarias europeas” a la “vida económica y política” de América Latina, como las de Getulio Vargas y su “Estado novo” brasileño y Juan Domingo Perón y el “nacional socialismo” argentino.

Warren admitía que el “solidarismo” paraguayo no podía asimilarse a los totalitarismos europeos ya que no implicaba la subordinación del individuo al Estado, sino que reclamaba un mayor rol social del gobierno. Su valoración de la Constitución paraguaya de 1940, a la que llamaba “revolucionaria”, era positiva, por su avance hacia un Estado con gran capacidad de intervención en la economía y el gasto público en derechos sociales. El historiador veía al gobierno de José Félix Estigarribia como la consumación del proyecto “febrerista” de 1936 y, aunque rehuía el tema del atentado contra el general en 1940, se preguntaba cuál hubiera sido el destino de aquella “revolución nacionalista” de no haber muerto Estigarribia.

William S. Stokes, profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Wisconsin, publicó en 1951 un largo ensayo donde partía de una premisa similar a la de Warren. América Latina, una región donde desde el siglo XIX se habían naturalizado los pronunciamientos o asonadas militares, los golpes de Estado, las rebeliones y los cuartelazos, comenzaba a desarrollar una tendencia de revoluciones institucionalizadas como la que podía observarse en Cuba desde 1940. Las elecciones de 1948 en la isla, en las que venció el

oficial Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), se hicieron en nombre de la “Revolución”, pero tanto el candidato vencedor, Carlos Prío Socarrás, como sus opositores en la Coalición Liberal-Democrática, en el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) o en el comunista Partido Socialista Popular, usaban el término con un profundo sentido de continuidad constitucional.

Otro historiador con una visión entusiasta de la izquierda nacionalista revolucionaria en América Latina fue el profesor de New Mexico, Joseph O. Baylen, quien escribió un apasionado ensayo sobre Augusto César Sandino y su lucha contra la intervención norteamericana en Nicaragua. Baylen probaba en su texto que la acusación de Sandino como “bandido”, asumida por el Departamento de Estado en tiempos del presidente Herbert Hoover, en sintonía con la oligarquía nicaragüense, estaba encaminada a impedir su reconocimiento como líder revolucionario, en una condición similar a la que se había logrado en relación con la Revolución mexicana durante el gobierno de Woodrow Wilson.

En los 50, el latinoamericanismo académico en Estados Unidos amplificó corrientes historiográficas de gran influencia en la región como la del indigenismo mexicano o la nueva historia de las ideas, impulsadas por autores como Leopoldo Zea, Luis Villoro y Pablo González Casanova en México o Francisco y José Luis Romero en Argentina. El influyente historiador Howard F. Cline, que en aquella década dirigía la Hispanic Foundation de la Biblioteca del Congreso en Washington, escribió una reseña muy elogiosa de los

Ensayos sobre el indigenismo (1953) del antropólogo español Juan Comas, exiliado republicano en México, prologados por Manuel Gamio. John Leddy Phelan, por su parte, comentó el ensayo *La introducción de la filosofía moderna en México* (1949) de Bernabé Navarro y destacó el aporte a la misma de José Gaos. Otros autores como Irving Leonard y Patrick Romanel resaltaron el avance del discurso de la identidad en la literatura y la filosofía latinoamericanas.

Una figura central en la valoración constructiva de las corrientes populistas y nacionalistas revolucionarias latinoamericanas en *HAHR* y, en general, en la historiografía estadounidense, fue el profesor de la Universidad de Rutgers, New Brunswick, Robert J. Alexander. En 1951, cuando el peronismo y, particularmente, los liderazgos de Perón y Evita estaban en pleno apogeo, Alexander publicó el libro *The Peron Era* en el que se hacía una reconstrucción bastante precisa del fenómeno peronista, entre la toma de posesión del 4 de junio de 1946 y la convocatoria a elecciones de 1951. El retrato de Alexander era, por momentos, ambivalente, hablaba de elementos “dictatoriales” pero también de aspectos positivos como la vocación social de la Constitución de 1949 y el impulso al desarrollo agrario, así como de la soberanía nacional en el programa económico y las relaciones internacionales de Argentina.

A pesar de su tono positivista, Alexander proyectaba un evidente anticomunismo que lo llevaba a considerar las ventajas del desarrollo de una izquierda nacionalista o populista en América Latina. Esto se pudo observar en varias colaboraciones suyas en

HAHR como el artículo dedicado en 1956 al tenentismo brasileño, a dos años del suicidio de Getulio Vargas. Allí Alexander arrancaba con un elogio de los movimientos “reformistas”, “nacionalistas”, “radicales” e, incluso, de los “indigenistas” de la izquierda latinoamericana, cuya mejor personificación era el APRA de Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú. Alexander advertía que el tenentismo tenía un origen distinto al aprismo por surgir del ejército, como una franja del peronismo, pero desembocaba en algunos elementos afines a todas esas izquierdas como la reforma agraria, el movimiento sindical y la defensa de un socialismo no comunista. Alexander veía el legado tenentista de la Revolución de los 30 en la campaña presidencial de Juárez Tavora en 1955 y en el propio gobierno del presidente Juscelino Kubitschek, quien se asumía como continuación de Vargas, pero sin sus tendencias dictatoriales.

En otras colaboraciones suyas en *HAHR*, como sus reseñas de la *Historia del comunismo en América Latina* (1954) de Victor Alba y de *Treinta años de aprismo* (1956) de Víctor Raúl Haya de la Torre, Alexander desarrolló aún más aquella perspectiva, insistiendo en la importancia de distinguir las diversas modalidades socialistas o comunistas, nacionalistas o populistas de la izquierda latinoamericana. En un par de libros, a fines de la década, *Communism in Latin America* (1957) y *The Bolivian National Revolution* (1958), Alexander convirtió aquel enfoque en una suerte de mínima doctrina diplomática de la Guerra Fría, que llamaba al gobierno de Estados Unidos a establecer una

relación cuidadosa con las izquierdas nacionales para combatir la influencia del comunismo soviético. A la altura de 1959, Alexander, lo mismo que otros latinoamericanistas norteamericanos como John D. Martz, pensaban que la manera en que Estados Unidos se relacionó con la Revolución boliviana de Víctor Paz Estenssoro de 1952 había sido más exitosa que el golpe de Estado, perpetrado por la CIA, contra el gobierno revolucionario de Jacobo Árbenz en Guatemala.

Sin embargo, en su copiosa correspondencia con Jay Lovestone (un ex-comunista y ex-socialista que en los años 50 ya estaba fuertemente involucrado en operaciones de la CIA en América Latina), Alexander transmitió las mismas ideas de sus libros. En sus cartas, tras un viaje a Guatemala en 1954, poco antes de la invasión de Carlos Castillo Armas, Alexander comentaba con alarma el enorme peso de los comunistas en los sindicatos y la debilidad de la izquierda nacionalista revolucionaria. En Cuba, país que visitó en dos ocasiones en 1959 tras el triunfo de la Revolución contra la dictadura de Fulgencio Batista, el académico observaba la situación. Allí, a su juicio, la izquierda nacionalista revolucionaria, en la que inscribía a Fidel Castro, era muy poderosa y que eran muy limitadas las posibilidades de que los comunistas, quienes no habían tomado parte decisiva en la lucha contra Batista, controlaran el nuevo gobierno.

Estas posiciones de Alexander, las cuales alcanzaron una importante difusión en *HAHR*, llevaron al economista e historiador de la Rutgers University a la administración de John F. Kennedy, donde le asig-

naron un papel determinante en la elaboración de la Alianza para el Progreso. La publicación referencial de la historiografía latinoamericanista en Estados Unidos se hizo eco de algunas aristas de aquella estrategia diplomática de Washington, concebida para contrarrestar el impacto de la radicalización socialista de la Revolución cubana. Antecedentes de aquel desplazamiento en *HAHR*, en los años del macartismo, fueron algunas intervenciones, sobre todo en la sección de reseñas, que suscribían el antiperonismo argentino y no ocultaban sus simpatías por el régimen golpista de la llamada “Revolución Libertadora” de 1955.

James R. Scobie, profesor de la Universidad de California en Berkeley, por ejemplo, reseñó el libro de Arthur P. Whitaker, *Argentina Upheaval. Perón's Fall and the New Regime* (1956), escrito como una apostilla al clásico *United States and Argentina* (1954), que fuera concebido en el apogeo del peronismo. Mientras en su libro, Whitaker se disculpaba por no haber visto venir la revolución del 55, en su reseña Scobie destacaba la importancia del papel de la Iglesia en la oposición a Perón y la incapacidad de éste para movilizar a los “descamisados” en la resistencia a la “revolución”.

En aquel mismo número, Clifton Kroeber refutaba el libro de Perón, editado en La Habana, *La fuerza es el derecho de las bestias* (1956). Afirmaba que Perón hacía una “glorificación nativista del dictador Juan Manuel de Rosas”.¹ Kroeber también le reprochaba el haber establecido una equivalencia de los gauchos que respaldaban a Rosas con los “descamisados” que lo apoyaban a él en contra de la oligarquía, a la que

asociaba con Alberdi, Sarmiento y todos los presidentes posteriores a la batalla de Caseros en 1852 y la Constitución alberdiana de 1853. *HADR* había sido una publicación con una fuerte presencia de historiadores argentinos liberales (Ricardo Levene, Emilio Ravignani, Enrique de Gandia, Francisco Romero, entre otros), quienes se distanciaron del peronismo a mediados del siglo xx. Había en aquel rechazo al revisionismo populista, como advirtiera Julio O. Chappini, elementos anticomunistas bien arraigados en la tradición liberal latinoamericana desde la década del 20.

La revolución preferida

TULIO HALPERÍN DONGHI distinguía una corriente de historiografía revisionista en Argentina (Ernesto Palacio, Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós y Raúl Scalabrini Ortiz), la cual había reivindicado el régimen de Juan Manuel Rosas en el siglo XIX y que intentaba contraponer a la tradición liberal decimonónica (Sarmiento, Mitre, Alberdi) una corriente intelectual nacionalista y populista. Contemporáneos y a veces equivalentes a ese revisionismo populista hubo en otros países latinoamericanos. Por ejemplo, en México, el grupo de historiadores de la Revolución mexicana, impulsado por Daniel Cosío Villegas y Luis González y González en El Colegio de México, o en Cuba, la escuela nacionalista que, bajo el impulso de Ramiro Guerra, editó la *Historia de la nación cubana* (1952) en diez volúmenes.

La relación de *HAHR* con esas corrientes fue diferenciada. A la vez que se percibía una evidente reticencia al revisionismo argentino, las escuelas mexicana y cubana alcanzaron un importante reconocimiento

en la publicación. Esa discordancia está directamente relacionada con el impacto de la Revolución cubana en América Latina. Dado que buena parte del peronismo intelectual, como advertía el propio Halperín Donghi, se había movido al respaldo del socialismo cubano, la historiografía nacionalista mexicana y cubana permanecían leales al paradigma revolucionario de la primera mitad del siglo xx, fuertemente marcado por la gesta de 1910 en México y la insurrección contra Gerardo Machado en Cuba en 1933, así como por el cardenismo y el postcardenismo.

En 1959, año del triunfo de la Revolución cubana, se publicó en *HAHR* un largo ensayo en dos partes del historiador de la Universidad de Colorado, Fritz L. Hoffmann, titulado “Perón and After”. Para suscribir una caracterización mayormente negativa del peronismo, se apoyó en la documentación oficial del régimen golpista de la “Revolución Libertadora”, como el *Libro negro de la segunda tiranía* (1958). Aunque reconstruía con gran detalle el debate entre intelectuales peronistas y antiperonistas, Hoffmann era más favorable a los críticos del peronismo (Ezequiel Martínez Estrada, Ernesto Sábato, Adela Grondona o el aprista Eudocio Ravines) que a sus defensores (Arturo Jauretche, Jorge Abelardo Ramos, Jorge Enea Spilimbergo, Juan José Hernández Arregi), a quienes definió como “neoperonistas”.

Por momentos, Hoffmann, quien se había interesado genuinamente en la Revolución mexicana, suscribía términos como “dictadura” y “totalitarismo”, mismos que otros historiadores como Whitaker

y Alexander habían criticado. Aquel avance del antipe-ronismo en *HAHR* coincidió, sin embargo, con un aumento del interés por el nacionalismo revolucionario cubano y el México postcardenista. Dos de las primeras presencias del tema de la isla, después del triunfo de la Revolución de Fidel Castro, fueron la nota de Brison Gooch sobre los intentos de compra-venta de Cuba en 1837, entre España, Gran Bretaña, Francia y Bélgica (fuertemente rechazados por Estados Unidos), y el brillante ensayo de E. David Cronon, profesor de la Universidad de Nebraska, sobre la política del “buen vecino” en Cuba tras la caída de la dictadura de Gerardo Machado.

El ensayo de Cronon era una reivindicación del rechazo del presidente Franklin Delano Roosevelt y de algunos miembros del Departamento de Estado, como el secretario Cordell Hull y el embajador de Estados Unidos en México, Josephus Daniels, a una intervención en Cuba, en 1933, como la que recomendaban otros funcionarios como Benjamin Sumner Welles. Terminaba, de hecho, con una cita de unas palabras de Roosevelt durante la visita de Fulgencio Batista a la Casa Blanca en 1942, en las que el presidente decía sentirse orgulloso de la abolición de la Enmienda Platt en 1934. Veinticinco años después, Batista fue derrocado y Estados Unidos se enfrentaba a una nueva revolución en Cuba. La sugerencia velada de Cronon era que Washington actuara en 1959 como en 1933.

Justo cuando inicia la radicalización socialista de la Revolución cubana, a mediados de 1960, la historiografía estadounidense e *HAHR* comenzaron a

conceder mayor atención al proceso revolucionario mexicano. *Many Mexicos* (1959), el clásico de Lesley Byrd Simpson acababa de publicarse y Charles Cumberland y Ramón Eduardo Ruiz dedicaron artículos y notas a la epopeya mexicana. Ruiz, historiador californiano de la Universidad de Berkeley, sería una figura emblemática del divorcio de perspectivas sobre las revoluciones mexicana y cubana. En la medida que admiraba los programas agrarios, laborales y educativos de la Revolución mexicana, Ruiz rechazaba el desplazamiento de la ideología revolucionaria cubana al referente soviético.

Justo entonces comenzaron a aparecer los estudios sobre la Revolución mexicana de Stanley R. Ross, Robert Quirk, George J. Rausch y otros historiadores norteamericanos. La presencia de Ross, profesor de la Universidad de Austin y autor del clásico *Francisco I. Madero. Apostle of Freedom* (1955), se volvió constante en la revista. Aquella contraposición entre los dos grandes modelos revolucionarios, el mexicano y el cubano, se manifestó lo mismo en alguna reseña de Herminio Portell Vilá que en un comentario de Norman Beiley sobre el libro del congresista Charles O. Porter y Robert Alexander, *The Struggle of Democracy in Latin America* (1961), donde se aceptaba la tesis de que Estados Unidos debía relacionarse, prioritariamente, con las izquierdas nacionalistas o populistas de la región, pero se hacían reparos a la subestimación del avance democrático.

La Revolución cubana trajo la Guerra Fría al Caribe y, con ella, la interpretación de la historia de

América Latina propuesta por los académicos soviéticos. *HAHR* no fue ajena a aquel debate y, en 1960, reprodujo el ensayo “A Soviet Criticism of the Hispanic American Historical Review” del profesor de la Universidad de Arizona, J. Gregory Oswald, quien se había graduado en Stanford con una tesis doctoral sobre la reescritura de la historia soviética después del XX Congreso del PCUS en 1956 y la denuncia del culto a la personalidad de Stalin. Oswald observó que aquella reorientación de las ciencias sociales post-estalinistas en la URSS, incluía un creciente interés en Asia, África y América Latina, como consecuencia directa de los procesos de descolonización que se vivían en esas regiones.

La nota de Oswald sirvió de introducción a la publicación del ensayo “A Survey of the Hispanic American Historical Review”, firmado por I. R. Lavretski, texto aparecido en la revista soviética *Voprosy Istorii* y traducido por el propio Oswald. En el lenguaje cuidadoso de la “coexistencia pacífica” entre los dos sistemas antagónicos de la Guerra Fría, Lavretski reconocía aciertos en algunas colaboraciones de *HAHR*, como el estudio de R. L. Gilmore sobre las ideas utópicas socialistas en Colombia a mediados del siglo XIX, pero rechazaba la perspectiva “colonialista” de autores como Rowe, Humphreys y Griffin sobre la historia del imperio español en América. Sin embargo, el criticismo de Lavretski se acentuaba al tratar, a su juicio, la “tendencia” más “reaccionaria” de la historiografía latinoamericanista estadounidense, que era aquella que estudiaba las revoluciones del siglo XX.

Lavretski era señaladamente severo con historiadores como Louis G. Kahle, Joseph A. Ellis y Stanley R. Ross, quienes habían estudiado las relaciones entre Estados Unidos y México durante el periodo posterior a 1910. Según el autor soviético, lo que esos “académicos burgueses americanos” decían sobre el reconocimiento de Carranza por el gobierno de Woodrow Wilson o sobre la misión del embajador Dwight Morrow durante la Cristiada, eran “distorsiones” ya que la política amistosa de Estados Unidos se debió al “compromiso” de Carranza con el “imperialismo y la contrarrevolución interna” y la misión de Morrow no buscaba realmente la paz sino el apoyo de los “monopolios americanos” a los “reaccionarios internos” (los cristeros), que por no “tener apoyo masivo, colapsaron”.²

El lenguaje de Lavretski se afilaba aún más cuando trataba los estudios históricos sobre Centroamérica y el Caribe. Los ensayos de Dana G. Munro sobre la “diplomacia del dólar” en Nicaragua, le parecían una “apología de las actividades imperialistas de Estados Unidos en Centroamérica”.³ Munro no negaba las intervenciones militares en toda la región de Centroamérica y el Caribe después de 1898, ni los intereses económicos que sustentaban el expansionismo de Estados Unidos en la región. De hecho, varios capítulos de su libro estuvieron dedicados a ocupaciones militares en Nicaragua, Haití, Cuba y República Dominicana y exploraban el “no reconocimiento” de los gobiernos revolucionarios en la región.

Curiosamente, Lavretski era más moderado en su crítica a Robert Alexander y otros historiadores que

se habían ocupado de las revoluciones y populismos de mediados de siglo. Sin embargo, era especialmente enfático al afirmar que aquellos movimientos (tenen-tismo, peronismo, aprismo) eran “burgueses y pequeño burgueses” y habían “desarrollado ocasionalmente programas demagógicos o pseudo-revolucionarios”. No había en el artículo valoraciones similares sobre la Revolución mexicana, más allá de la citada asociación de Carranza con la “reacción interna”, pero en una colaboración posterior de Oswald en *HAHR*, recordó otras obras de la historiografía soviética como el clásico de B. T. Rudenko, N. M. Lávrov y M. S. Alperóvich, *La Revolución mexicana. Cuatro estudios soviéticos* (1960), donde se repetían los lugares comunes de la izquierda comunista sobre el nacionalismo revolucionario mexicano.

La historiografía soviética, en general, transfirió a la Revolución mexicana la misma caracterización de “movimiento burgués y pequeño burgués” que dio a las izquierdas progresistas. En *Historia Mexicana* y otras publicaciones de la Ciudad de México, el propio Oswald, Lucila Flamand y Juan A. Ortega y Medina expusieron los límites de esa visión sobre un proceso revolucionario donde los campesinos y los obreros tuvieron un enorme protagonismo. El propio concepto de “transición socialista” vinculado a la Cuba de principios de los años 60 en las ciencias sociales soviéticas y en la obra teórica de importantes dirigentes del Partido Socialista Popular como Carlos Rafael Rodríguez y Blas Roca, suponía la superación, en la isla, de una fase de “liberación nacional”, “antilatini-

fundista”, “agrarista”, “industrializadora” y “antiimperialista”, que se inscribía en el legado de la tradición mexicana.

La distinción entre dos modelos de revoluciones latinoamericanas, las nacionalistas-populistas y las marxistas-leninistas, se reprodujo de muchas formas en esa importante publicación. Una de ellas fue en el sintomático reparo que hiciera Harry Kantor a Robert J. Alexander, porque en su libro *Prophets of the Revolution* (1962) colocaba en un mismo nivel a líderes que favorecían la revolución democrática como José Figueres, Rómulo Betancourt, Luis Muñoz Marín, Víctor Paz Estenssoro o Víctor Raúl Haya de la Torre, y a Fidel Castro, que apoyaba el avance del “totalitarismo ruso en América Latina”.⁴ Desde un anticomunismo irredento, Kantor cuestionaba la indistinción ideológica en los perfiles de políticos latinoamericanos que proponía un académico fuertemente involucrado en la Alianza para el Progreso y en la estrategia de la administración Kennedy en América Latina.

Aquella contraposición entre las izquierdas latinoamericanas era manejada desde ambos polos de la Guerra Fría. Stanley R. Ross llegaría a formular esa tensión como la disputa por una “revolución preferida” en la historiografía latinoamericana, la mexicana o la cubana. Mientras en la historiografía norteamericana una parte considerable de los académicos se inclinaba por la mexicana, en la soviética y en la esfera pública de las izquierdas partidarias de Cuba, naturalmente, la defensa del socialismo insular iba

acompañada de una caracterización de la Revolución mexicana como un proceso burgués o burocratizado. Autores como los ya citados Oswald y Ruiz cuestionaron esas valoraciones durante los años 60 y 70.

En México, como han documentado los estudios de Renata Keller, Elisa Servín y Beatriz Urías, una sólida corriente de la izquierda, vinculada a principios de los 60 al Movimiento de Liberación Nacional (MLN) de Lázaro Cárdenas, plasmó en múltiples documentos la tesis de que la Revolución mexicana se había estancado y que el socialismo cubano la reemplazaba como paradigma de la izquierda en la región. En la revista *Política*, impulsada por Manuel Marcué Pardiñas y Jorge Carrión, aparecieron textos del propio Cárdenas, de Vicente Lombardo Toledano, Ermilo Abreu Gómez y el embajador de Cuba en México, Joaquín Hernández de Armas, además de manifiestos de solidaridad del MLN, el Partido Comunista Mexicano y el Partido Popular Socialista, en los que la “solidaridad con Cuba” frente a las “amenazas imperialistas” era presentada como el punto de partida para una radicalización socialista de la Revolución mexicana.

En *HAHR* la antítesis entre las revoluciones mexicana y cubana se afincó durante los años 60. Un buen ejemplo es el primer número de 1964, donde Louise Schoenhals hizo una reconstrucción elogiosa de la educación rural en México entre los gobiernos de Álvaro Obregón y finales del Maximato callista, cuando, tan sólo en una década, el número de escuelas en el campo se había sextuplicado. En aquel mismo número se publicó un ensayo del profesor de la Univer-

sidad de Rhode Island, Robert Freeman Smith, sobre la historiografía cubana del siglo xx. Sin cuestionar directamente el nuevo régimen revolucionario, Smith realizó una elocuente reivindicación de la historiografía republicana prerrevolucionaria encabezada por Ramiro Guerra y Sánchez, Emeterio Santovenia, Juan J. Remos y Rubio, José M. Pérez Cabrera, Herminio Portell Vilá, Fernando Ortiz y Elías Entralgo. Algunos de estos historiadores colaboraban en *HAHR* desde los años 20 y 30, pero Smith les llamó “revisionistas” ya que, desde el nacionalismo cubano, revisaban las tesis de la historiografía imperialista norteamericana sobre el papel de Estados Unidos en el proceso de independencia de la isla.

Durante los años 60 y 70, historiadores cubanos que apoyaron a la Revolución como Julio Le Riverend y Manuel Moreno Fragnals, quienes publicaron textos en *HAHR* desde los años 40 cuando estudiaban en El Colegio de México, desaparecieron de la publicación. Apenas en los años 80 y 90 fue que ellos dos y otros historiadores de la isla de generaciones siguientes como Oscar Zanetti, Alejandro García Álvarez y María del Carmen Barcia, comenzaron a ser referidos con asiduidad en los ensayos historiográficos publicados en dicha revista.

El debate sobre la “revolución preferida” estuvo enmarcado, fundamentalmente, en la primera década de los años 60. Su rebasamiento respondió a varias causas a la vez: la consolidación del modelo socialista en Cuba, la crisis del nacionalismo revolucionario en México (primordialmente, a partir del movimiento es-

tudiantil de 1968), la emergencia de una nueva generación de historiadores estadounidenses más ligados a la New Left y el avance de la profesionalización académica del saber histórico, tanto en Estados Unidos como en México, el cual creó protocolos de pluralidad ideológica y representatividad editorial.

El latinoamericanismo soviético

LOS ESTUDIOS SOBRE LOS DEBATES INTELECTUALES de la Guerra Fría en América Latina y el Caribe, destacan el papel decisivo del campo académico de Estados Unidos con su poderosa red de universidades y fundaciones. Como observa en un libro reciente el historiador y arquitecto argentino Adrián Gorelik, nombres como los de Richard Morse, Robert Redfield u Oscar Lewis (o Frank Tannenbaum, Stanley R. Ross o John Womack en el caso específico de México) son ineludibles a la hora de pensar la reconfiguración del latinoamericanismo durante la Guerra Fría.

Raras veces se repara en el hecho de que la Unión Soviética también contó con su propio latinoamericanismo académico. Desde los años 50, la historiografía soviética tuvo una presencia creciente en México y otros países latinoamericanos. Con el tránsito al socialismo en Cuba durante la década de los 60, esa presencia contó con una plataforma para la edición, traducción y difusión en español que reemplazó y potenció el latinoamericanismo soviético hasta entonces

circunscrito a pequeñas editoriales, institutos y asociaciones de “amistad” promovidas por las embajadas soviéticas y los partidos comunistas.

La muerte de Stalin en 1953 y el discurso ante el XX Congreso del PCUS de Nikita Jrushchov en 1956, aceleraron la reorientación de la política de la URSS hacia América Latina. Poco antes de que el nuevo líder soviético cuestionara el culto a la personalidad y otros “errores” del stalinismo, se celebró la Conferencia de Bandung, impulsada por Indonesia, Birmania, India, Pakistán y Sri Lanka, que reunió a más de una veintena de países de Asia y África y propició la creación del Movimiento de Países No Alineados. China y Yugoslavia estuvieron en el centro de aquella empresa geopolítica que, en 1961, volvió a reunirse en Belgrado, donde se incorporó a Cuba. Los soviéticos se propusieron rebasar a Mao y a Tito en el liderazgo del tercermundismo.

Patrick Iber, Eric Zolov, Renata Keller y otros historiadores han advertido la relevancia que adquirieron para Moscú en aquel arranque de la Guerra Fría, tanto América Latina como México en particular. Un lugar de privilegio que, a partir de 1961, con el giro socialista de la Revolución cubana, debió someterse a una relación de equilibrio y rivalidad desde la perspectiva soviética, no siempre favorable para México. Mientras que los historiadores soviéticos esgrimían a Cuba como paradigma del verdadero cambio socialista en América Latina, un flanco del saber académico en Estados Unidos y México se volcaba al estudio de la Revolución mexicana y el sistema político que derivó de la misma.

Aunque para entonces los partidos comunistas latinoamericanos habían perdido el foro de coordinación del Comintern, preservaban la línea frentista creada desde los años 30. Por momentos, los comunistas cultivaban una agria coexistencia con los gobiernos del PRI en México y respaldaron las revoluciones boliviana y guatemalteca, no así al peronismo argentino y al varguismo brasileiro, si bien Luis Carlos Prestes apoyó al presidente Juscelino Kubitschek a fines de los 50 y, en menor medida, a João Goulart a principios de los 60.

Con la Guerra Fría y la reavivación del interés por el Tercer Mundo en el Kremlin, el latinoamericanismo soviético entró en una fase de profesionalización expansiva. A diferencia de algunos estudios sobre la Revolución mexicana del periodo bolchevique, como el de Stanisław Pestkowski, embajador de Moscú en México durante el callismo (firmado con el pseudónimo de Andrei Volski, donde se reconocía críticamente la diversidad de movimientos revolucionarios), los nuevos historiadores de la Guerra Fría (Alperóvich, Rudenko, Lávrov, Zubok y Shifrin) tendían a comprender la Revolución de 1910 a 1917 dentro de un largo periodo “democrático burgués” o “antifeudal” de “formación de la nación mexicana”, iniciado con el Grito de Dolores un siglo antes.

En un conocido ensayo sobre la guerra de independencia, M. S. Alperóvich aseguraba que Hidalgo y Morelos “dominaban la historia de la revolución burguesa en Francia”, de la cual tomaron las ideas principales. Con más citas de Lucas Alamán que de José

María Luis Mora, Alperóvich sostenía que con el Plan de Iguala, Agustín de Iturbide creó “una plataforma para impedir el desarrollo de la revolución y asegurar la conservación de la dominación y los privilegios” de los “grandes terratenientes y comerciantes, el alto clero y la élite burocrático-militar”.⁵

De acuerdo con aquel relato, la estructura económica y social de México no “había sufrido alteraciones sustanciales” durante el siglo XIX. Según otro historiador soviético, V. Ermolaev, el fracaso de la Reforma se debió a que el presidente Benito Juárez murió “inesperadamente” en 1872 y lo reemplazó Sebastián Lerdo de Tejada, quien “pertenecía al ala derecha del Partido Liberal” y “buscaba el compromiso con los terratenientes y el clero”. Alperóvich decía que el régimen porfirista y sus artífices, los “científicos” (Limantour, Pineda, Casasús y Macedo), “agentes directos de capitalistas extranjeros”, se encargaron de llevar el capitalismo mexicano a su “fase superior imperialista”.

Los historiadores soviéticos tenían diferencias de matices sobre la gesta revolucionaria mexicana. Ermolaev y Lávrov no le daban demasiada importancia a los magonistas, pero Alperóvich y Rudenko los glosaban bajo la definición de “movimiento de la pequeña burguesía urbana” o de la “intelectualidad pequeñoburguesa”, dados “a la tarea de difundir las ideas de Bakunin, Kropotkin y Sorel”. Los juicios de cada uno de ellos sobre los cuatro grandes líderes revolucionarios y sus corrientes políticas (Madero, Zapata, Villa y Carranza) también podían ser divergentes, aunque coincidían en lo esencial.

Según Alperóvich y Rudenko el proyecto de Madero era “burgués-terrateniente”. En cambio, Lávrov destacaba el carácter profundamente popular de los movimientos zapatista y villista y reconocía el sentido de la soberanía nacional en Carranza, al enfrentarse a la intervención estadounidense en Veracruz. Pero era justamente Lávrov, el más generoso en su valoración de Zapata y Villa, quien formulaba de manera más tajante la subestimación teórica en la historiografía soviética: la de 1910-1917 era, esencialmente, una revolución campesina que, por no haber sido encabezada por una “jefatura del proletariado”, fue traicionada por la “reacción feudal-clerical” y ni siquiera triunfó como proyecto “democrático-burgués”.⁶

Aquellos historiadores escribieron sus ensayos sobre México durante los años 50 y los publicaron en revistas del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de las URSS como *Voprosy Istorii, Novaia i Noveichaia Istoria* y *Otcheti i Novosti*. El comunista mexicano Arnoldo Martínez Verdugo, quien en los años 50 era dirigente de ese partido en el Distrito Federal y que en 1963 fuera ascendido a la Secretaría General, fue el traductor de algunos de aquellos ensayos, junto con su colega Alejo Méndez García. Hasta principios de los años 60, otros traductores de los historiadores soviéticos como Makedonio Garza, Armén Ohanián y María Teresa Francés, trabajaron directamente en ediciones en español de la Editorial de Literatura Económica y Social de Moscú.

Desde Estados Unidos y México, varios historiadores (como Daniel Cosío Villegas, Stanley R. Ross,

Juan A. Ortega y Medina, J. Gregory Oswald y Lucila Flamand) reaccionaron de muy diversa manera al nuevo latinoamericanismo soviético en artículos, tanto en *HAHR* e *Historia Mexicana* como en monografías independientes. Ese debate es fácilmente rastreable. Más difícil es localizar las múltiples reacciones a la historiografía académica mexicana y estadounidense que se acumularon en el propio latinoamericanismo soviético durante los años 60, nuevamente relanzado a partir de la experiencia cubana.

El mexicanista Y. G. Mashbits, por ejemplo, arremetía contra “los sociólogos mexicanos que contraponen, en forma obsesionante, la Revolución mexicana a la cubana”.⁷ ¿A quiénes se refería? Una vez más, al exiliado republicano Ortega y Medina, quien había refutado puntualmente la que llamaba “historiografía soviética”; a Víctor Alba, militante del POUM refugiado en México; pero también a Jesús Silva Herzog y la revista *Cuadernos Americanos* y al sociólogo yucateco, Carlos Echánove Trujillo, discípulo de Antonio Caso. Las tesis que insistían en el carácter heterogéneo o inconcluso de la nación mexicana o sobre la excepcionalidad del nacionalismo revolucionario, incomodaban al latinoamericanismo soviético.

Alperóvich y Mashbits hostilizaban el diálogo de los académicos estadounidenses con sus colegas mexicanos. Admiraban profundamente la obra de un historiador hispanófilo como Carlos Pereyra, pero desdeñaban la de Daniel Cosío Villegas. Valoraban positivamente la historiografía antiexpansionista de Scott Nearing, Joseph Freeman, Ludwig Denny y T. P.

Munn, pero descartaban la de Lesley Byrd Simpson, Frank Tannenbaum, Stanley R. Ross y John Womack. Mashbits era particularmente agresivo cuando se refería a las obras del economista P. C. M. Teichert y del politólogo William P. Tucker, porque el primero ponía la industrialización de México como ejemplo para América Latina y el segundo enfatizaba la irreductible diversidad regional del país.

A principios de los años 70, el mexicanismo soviético, renovado por los estudios de una nueva generación de académicos (Klesmet, Sizonenko, Shugolski, Kovalev y Visgunova), comenzó a hilvanar de un modo más explícito las tesis del Partido Comunista Mexicano, el Partido Popular Socialista lombardista y el PRI, sobre el nacionalismo revolucionario y las diversas variantes del marxismo-leninismo local. Historiadores de la generación anterior, como Lávrov y Rudenko, aligeraron su celo ideológico y se volvieron más permeables a las tesis de Silva Herzog, Cosío Villegas y, sobre todo, de nuevos científicos sociales de izquierda como Pablo González Casanova, Alonso Aguilar Monteverde, Gerardo Unzueta o José Luis Ceceña. De las largas citas de discursos de Lombardo Toledano e informes de Martínez Verdugo a los sucesivos congresos del PCM se pasó, en estudios del propio Rudenko o de Kovalev, a una mayor familiaridad con la producción académica mexicana.

Los nuevos mexicanistas soviéticos de los 70, a tono con la *détente* inaugurada por Leonid Brézhnev, sumaron al relato una visión del México postrevolucionario, la cual actualizaba el maniqueísmo aplicado

a la Independencia, la Reforma y la Revolución. La “ruta progresista”, aún dentro de un esquema “democrático burgués”, había avanzado bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas, pero se estancó bajo la de Manuel Ávila Camacho, a pesar del restablecimiento de vínculos diplomáticos con la URSS en 1942. Ese hilo histórico, según los historiadores soviéticos, fue recobrado con Adolfo López Mateos, pero volvió a cortarse con Gustavo Díaz Ordaz, aunque en 1968, el canciller Antonio Carrillo Flores viajó a Moscú y firmó varios convenios con Andréi Gromiko.

Momento revelador en el mexicanismo soviético fue cuando Kovalev, después de exaltar el papel del PCM y el PPS, sostuvo que, sin dejar de ser “burgués”, el sistema político mexicano “se diferenciaba cardinalmente de la democracia burguesa tradicional”.⁸ A la defensa de la integración social de las comunidades indígenas, el mestizaje y la subvaloración del mundo campesino, se sumaban una imagen favorable de los procesos de industrialización y urbanización del país y un silenciamiento de la represión contra la resistencia sindical magisterial y ferrocarrilera, el movimiento estudiantil y las guerrillas.

La constitución de la hegemonía transexenal del PRI, basada en un diseño presidencialista de poder y una ideología nacionalista-revolucionaria, era una virtud para los soviéticos. La diferenciación entre aquel sistema y la democracia liberal aportaba ventajas geopolíticas, ya que México se distanciaba de las dictaduras militares anticomunistas del Cono Sur, se acercaba a la Cuba revolucionaria, al Chile de Allende

y luego al sandinismo nicaragüense, sin perder la interlocución con los estadounidenses y los soviéticos.

Aquella fue la plataforma de relanzamiento de las relaciones entre la URSS y el México de Luis Echeverría y José López Portillo, estudiada recientemente por Hanna Deikun. En la primavera de 1973, Echeverría fue el primer presidente mexicano en funciones en visitar Moscú (Cárdenas había viajado en 1958), donde fue recibido por Kosíguin, Podgorny y Gromiko, quienes lo condujeron al apoteósico agasajo que le ofreció Leonid Brézhnev en el Kremlin. Los mandatarios firmaron acuerdos de colaboración comercial, científica y técnica, hablaron de la paz mundial y de la causa del Tercer Mundo, pero un año antes, en la Casa Blanca, Echeverría había ofrecido a Richard Nixon desplazar a Cuba y a Fidel Castro como referentes del altermundo de izquierda.

Poco a poco la disputa por la “revolución preferida” y el contraste entre el modelo mexicano y el cubano fue desapareciendo de la historiografía soviética y estadounidense, en buena medida, porque en México avanzaba el consenso en torno a la superación histórica del periodo revolucionario y Cuba entraba en un proceso de institucionalización inspirado en los socialismos reales de Europa del Este. Durante los 70, la Academia de Ciencias de las URSS consolidó su propio grupo de cubanistas (Darusénkov, Larin, Sliozkin, Okuneva y Zórina), quienes sostenían ya no que la Revolución cubana había transitado de una fase “democrática, burguesa, agraria y antiimperialista” a otra socialista, como en los 60, sino que Fidel Castro

y los asaltantes del cuartel Moncada eran marxistas y leninistas desde 1953.

Mexicanistas y cubanistas terminaron conformando dos núcleos diferentes dentro del latinoamericanismo académico soviético, los cuales se conectaban en la cúpula. Papel clave en aquella última etapa de las ciencias sociales de la URSS sobre América Latina y el Caribe lo jugó Iosif R. Grigulévich, agente retirado del NKVD y el KGB, quien intervino en el asesinato de Andreu Nin en Barcelona, secundó a David Alfaro Siqueiros en su atentado contra León Trotski en México, fue embajador de la URSS en Costa Rica y el Vaticano y estuvo involucrado en una tentativa de magnicidio del mariscal Josip Broz Tito en Yugoslavia. Grigulévich, que desde los años 40 había incursionado en la historia latinoamericana con el pseudónimo de L. R. Lavretski, popularizó un tipo de narrativa biográfica sobre próceres de la región (como Francisco Miranda, Simón Bolívar, Pancho Villa, Che Guevara y Salvador Allende), cuyas semejanzas con las genealogías heroicas del latinoamericanismo fidelista y chavista son más que evidentes.

El Bolívar de Grigulévich era un precursor del antiimperialismo de Fidel Castro y el Che Guevara, convencido de que la identidad cultural latinoamericana, ajena a los conflictos de raza, era incompatible con Estados Unidos. Su Pancho Villa, aunque limitado por una indefinición ideológica similar a la de Emiliano Zapata, que le impedía comprender que el liderazgo máximo de la Revolución debía estar en manos de la clase obrera, también era, a su juicio, un

tenaz antiimperialista que se opuso a la invasión de Veracruz y atacó Columbus, convencido de que Estados Unidos quería hacer de México un protectorado gringo.

En un ensayo dedicado a la “cultura nacional cubana” en la primera mitad del siglo xx, Grigulévich condensó la tesis central del latinoamericanismo soviético en la etapa final de la Guerra Fría: en cualquier país latinoamericano, la ideología nacionalista-revolucionaria, debidamente orientada contra el antiimperialismo, podía producir el advenimiento del sistema socialista. El nacionalismo revolucionario, el populismo reformista, el militarismo progresista y todas esas corrientes de la izquierda latinoamericana que desde la Academia de Ciencias de la URSS habían sido rechazadas por “idealistas” y “democrático-burguesas”, demandaban una nueva lectura de los ideólogos y burócratas soviéticos.

Algunos de aquellos libros, publicados entre los años 70 y 80 por la editorial Progreso de Moscú y Casa de las Américas de Cuba, fueron cuestionados en *HAHR* por historiadores académicos estadounidenses como David Bushnell, Robert Alexander y William H. Richardson. Bushnell argumentaba que el Bolívar de Grigulévich era un antiimperialista anacrónico que ocultaba sus elogios a Gran Bretaña y exageraba sus críticas a Estados Unidos. Alexander hacía notar que, en el extraño libro colectivo soviético *La Iglesia y la sociedad en América Latina* (1983), los autores reunidos por Grigulévich reafirmaban sus afinidades con el viejo hispanismo colonial y mostraban una vi-

sión positiva del papa Juan XXIII, cuya convocatoria al Concilio Vaticano II veían en las antípodas de la estrategia pastoral de Juan Pablo II.

Durante las dos últimas décadas de la Guerra Fría, este ex-agente de los servicios secretos soviéticos fue miembro de la jerarquía máxima de la Academia de Ciencias de la URSS. Unas veces fue vicepresidente, bajo el mando de P. Fedosev; otras fue el verdadero capo de las ciencias sociales soviéticas. Falleció en 1988, un año antes de la caída del Muro de Berlín. Tras la desintegración de la URSS, algunos de sus ex-colaboradores (como M. S. Alperóvich) tuvieron la honestidad y el coraje de denunciar sus malinterpretaciones, documentadas en las sucesivas ediciones de los informes de Vasily Mitrojin, ex-archivista del KGB en Lubyanka.

En un artículo de Alperóvich, aparecido en 1995 en la revista *Historia Mexicana* del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, se revelaba que Grigulévich fue el artífice de gran parte de los equívocos sobre la historia de América Latina y el Caribe en el campo académico soviético. La premisa de la superioridad teórica y metodológica del marxismo soviético había creado un sistema de autorización política que se reflejaba en aquellos errores de interpretación, pero también en una torcida ética del debate que recurría al escamoteo y la descalificación de sus pares latinoamericanos y estadounidenses.

Una revista argentina

UNA DE LAS PUBLICACIONES CENTRALES de la historia académica argentina fue el *Boletín del Instituto*, órgano del originalmente Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Los fundadores de la revista y de la propia institución fueron algunos de los historiadores referenciales del liberalismo argentino de la primera mitad del siglo XX: Luis María Torres, Rómulo Carbia, Carlos Correa Luna, Emilio Ravignani y Diego Luis Molinari.

Ravignani, historiador jurídico y constitucional, sobre todo, dirigió hasta 1946, el ya llamado Instituto de Historia Argentina y Americana, cuando por diferencias con el gobierno de Juan Domingo Perón debió exiliarse en Uruguay. Lo sustituyó Diego Luis Molinari, un historiador que, como el propio Ravignani, se formó políticamente en la Unión Cívica Radical a principios de siglo. Era graduado de la Facultad de Derecho y comenzó su carrera interesándose en la

Revolución de Mayo y la famosa *Representación de los hacendados* (1810) de Mariano Moreno.

Ravignani murió en 1954 y Perón fue derrocado por la llamada “Revolución Libertadora” en 1955. Al año siguiente, el Instituto (ahora llamado “Emilio Ravignani”) y su *Boletín* iniciaron una nueva etapa bajo la dirección de otro historiador, Ricardo Caillet Bois, especializado en el siglo XVIII y el proceso de independencia de las provincias del Río de la Plata, pero con una fuerte orientación hacia la historia de las relaciones internacionales.

Durante aquella dirección de Caillet Bois (1954-73) transcurrió el periodo más intenso de la Guerra Fría latinoamericana, que en Argentina se enmarca entre los últimos años del peronismo y la dictadura de la Junta Militar de 1976. El *Boletín del Instituto (BI-HAA)* es una publicación que ofrece un campo visual privilegiado sobre la evolución de la historiografía académica argentina en los años del post-peronismo, la radicalización de las izquierdas latinoamericanas impulsada por la Revolución cubana y la reacción anticomunista de las derechas regionales.

En el primer número del *Boletín* (1956), a pocos meses del derrocamiento de Perón, los editores hablaban de un regreso de la publicación tras un “prolongado silencio de nueve años”.⁹ Aseguraban también que seguirían siendo leales a los principios de su fundador, Emilio Ravignani, pero que la revista no sería una “Tebaida” ni contarían con la misma red de colaboradores en Londres, París y Sevilla. Con esta declaración, el equipo de Caillet Bois anunciaba,

cuidadosamente, algunos desplazamientos de las coordenadas del *BIHAA* dentro del que habría que destacar la mayor conexión con la historiografía de Estados Unidos.

Al igual que *Historia Mexicana*, en México, con respecto a la *Revista de Historia de América*, fundada y dirigida por Silvio Zavala en los años 30, el nuevo *Boletín* se diferenciaría del primero por conceder mayor espacio a los temas de la historia política del siglo XIX y por propiciar la interlocución con la historiografía estadounidense de la Guerra Fría. En el número inicial, todos los artículos (menos el primero, de Roberto Levillier sobre la *Mundus Novus*, la carta de navegación de Américo Vespucio que consumó la invención de América) trataron sobre diversos aspectos de la historia argentina del siglo XIX. Por ejemplo, Ricardo Rodríguez Molas hizo una incursión en la historia de la etimología del “gauderio”, el “gabucho” y el “gaucho” (la fórmula que se impondría, entre fines del siglo XVIII y principios del XIX). El historiador llamó la atención de que el término “gaucho” se atribuía a blancos, mestizos, negros e indios y que, si bien, variantes de ese arquetipo social y significativo cultural se encontraban en la Banda Oriental, Paraguay y el Brasil, era en Argentina donde su uso se había extendido centralmente en los albores de la sociedad decimonónica.

El número avanzaba en una exploración del siglo XIX como matriz de la nacionalidad argentina, a través de colaboraciones como las de Néstor S. Colli sobre las fricciones del líder de la independencia uruguaya,

Manuel Artigas, con Juan Martín Pueyrredón y José de San Martín, caudillos de Buenos Aires. Según Colli, desde los tiempos de Carlos de Alvear, en Artigas se desarrolló un temprano “regionalismo acentuado” y un “recelo hacia los hombres que detentaban el poder en la capital porteña”, que lo llevó a extender la lucha contra el vasallaje de los españoles a los bonaerenses.¹⁰

Colli no escamoteaba el monarquismo de San Martín (como hacía buena parte de la historiografía republicana) y aseguraba que, de hecho, el apego sanmartiniano a esa forma de gobierno no estaba reñido con “el respeto a la voluntad popular”. El monarquismo de San Martín y el unitarismo de Pueyrredón eran, según Colli, mecanismos de defensa de una integridad territorial, amenazada por el regionalismo y la anarquía. Artigas simbolizaba, justamente, el desafío a una unificación del litoral bajo la hegemonía de Buenos Aires. Colli no ocultaba su nostalgia por el momento de mayor aproximación a dicho poderío.

Desde distintas perspectivas, otros dos historiadores, Isidoro J. Ruiz Moreno y Francisco L. Romay, también glorificaban aquella hegemonía. Mientras Romay estudiaba el papel de dos políticos porteños, Manuel Antonio Sáenz y Bernardino de Rivadavia, y de la propia Junta de Buenos Aires en la creación de la policía uruguaya; Ruiz Moreno reconstruía el proyecto del general uruguayo, José Fructuoso Rivera, de unirse al gobierno de Corrientes en una alianza contra Juan Manuel de Rosas en 1843. En ambos artículos ocupa un lugar central el énfasis en el papel de Buenos Aires en el litoral del Río de la Plata.

Desde aquel primer número, el *Boletín* dejó clara su orientación antirrevisionista en un pórtico dedicado a Bartolomé Mitre. La revista se unía al periódico *La Nación* en un homenaje a Mitre, quien no sólo era presentado como “prócer de nuestra organización nacional y eminente estadista”, sino como “fundador indiscutido, en nuestros medios culturales, de los estudios históricos con riguroso criterio moderno”.¹¹ El triunfo de Mitre y Justo José de Urquiza sobre Rosas en el siglo XIX, era así asumido como un hito precursor del derrocamiento de Perón por la Revolución Liberadora de 1955.

En las entregas siguientes, el *BIHAA* rindió homenaje a Emilio Ravignani. Allí se constataba el peso de los historiadores norteamericanos (como Clarence Henry Haring y James R. Scobie) en las redes del Instituto durante la Guerra Fría. En su semblanza, Haring aseguraba que, en la historiografía estadounidense, no había otro historiador argentino más respetado que Ravignani. En la suya, Scobie recordaba que los estudios de historia constitucional argentina de Ravignani se habían vuelto referencias para la historiografía americanista y recordaba dos reseñas de su libro *Asambleas Constituyentes Argentinas*, una en la *Revista de América*, que dirigía Silvio Zavala en México, y otra en *HAHR*.

En los números siguientes, aquella afirmación del legado liberal del siglo XIX, ligada a una intensificación del contacto con la historiografía de Estados Unidos, pudo observarse en estudios como los de Beatriz Bosch sobre la panfletografía contra Justo José de

Urquiza, en el de Carlos Segreti sobre el proceso de independencia en la provincia de La Rioja o en las reseñas de Ricardo R. Caillet Bois y Hebe Clementi sobre R. A. Humphreys, Arthur P. Whitaker y otros académicos británicos y norteamericanos. El propio Scobie, que en los 60 se especializaría en la historia de Buenos Aires, publicó algunos adelantos de sus investigaciones en el *Boletín*, como aquel dedicado a las batallas de Cepeda y Pavón y a la Constitución de 1853 como clave de la nacionalidad argentina.

La orientación editorial de la revista en la Guerra Fría implicaba una afirmación del carácter fundacional de la Constitución de 1853, pero también una reinterpretación de la Revolución de Mayo, muy favorable al republicanismo de Mariano Moreno. En esa reinterpretación tuvo un desempeño notable Carlos S. A. Segreti, quien entrelazó liberalismo y republicanismo en su análisis del 1810 argentino. Segreti rechazaba la tesis de que la revolución de independencia hubiese sido una guerra civil, y aunque admitía que hubo distintas corrientes ideológicas en aquella gesta, afirmaba que la triunfante fue la de Moreno, “quien resolvió teóricamente el problema de nuestra Independencia, buscando, en el espíritu del siglo, los elementos que le permitirán fundamentar tan magno programa, así que echar las bases del nuevo Estado”.¹²

En 1961, cuando la Guerra Fría entraba en su fase de mayor calentamiento en América Latina, tras la alianza de la Revolución cubana con la Unión Soviética, el *BIHAA* suscribió al constitucionalismo liberal como matriz de la construcción nacional argentina. En

un enjundioso ensayo de Mario C. Belgrano se argumentaba que la filosofía constitucional de Benjamin Constant tuvo un peso decisivo en la obra teórica y práctica de Juan Bautista Alberdi y sus *Bases y puntos de partida para la organización de la República de Argentina* (1852). Segreti reprodujo un gesto típico de la historiografía liberal de la Guerra Fría, el cual consistía en asimilar al liberalismo con el pensamiento de los socialistas románticos del siglo XIX, tales como Esteban Echeverría.

Otra fórmula recurrente de aquella historiografía liberal latinoamericana era el trazado de teleologías que conectaban las revoluciones de independencia con las reformas liberales de mediados del siglo XIX. Segreti lo había sugerido en sus ensayos sobre la gesta de mayo de 1810 y después lo constató Edmundo M. Narancio en su rescate de la “Constitución Provisoria” de las provincias del Río de la Plata, de 1811, mismas que tomaban a J. J. Rousseau como referente doctrinal primigenio. Así, aquella tendencia a establecer una sinonimia entre liberalismo y antipopulismo (o entre liberalismo y anticomunismo), esgrimida por la izquierda marxista, se manifestaba en el propio campo historiográfico liberal.

En este sentido, el número del *BIHAA* correspondiente a 1966 es ejemplar. Allí, junto a piezas que exploraban la misión diplomática del cónsul alemán John Zimmermann en la primera mitad del siglo XIX, así como las acciones de Faustino Domingo Sarmiento en el Ejército Grande y del joven Julio Argentino Roca en San Juan, Hebe Clementi publicó una razo-

nada reseña de la *Argentina* (1964) de Arthur Preston Whitaker. Aunque la nota era claramente favorable al sentido antiperonista del texto, a Clementi no le parecía lo suficientemente antiperonista el libro en lo concerniente al papel de los militares. A su juicio, el historiador norteamericano no distinguía entre “lo que podría rotularse como golpe de Estado y la intervención en la política por parte del ejército”.¹³

Según Clementi, “ante el vacío político” creado por la crisis del peronismo, se generó una alteración de “las relaciones de poder entre grupos sociales”, favoreciendo una participación más directa de algunos de esos grupos en el “cambio social”, como el ejército. A casi diez años del derrocamiento de Perón, la autora no reivindicaba el concepto de “Revolución Libertadora”, pero tampoco concordaba con que se le llamara golpe de Estado. Era evidente que la crítica de Clementi se dirigía al tratamiento de la “Revolución Libertadora” en el libro de Whitaker, pero la reseñista también tenía en mente el golpe militar más próximo, el de Juan Carlos Onganía contra el presidente constitucional Arturo Illia, también autodenominado “Revolución argentina”.

Desde fines de los años 60, es perceptible en el *BIHAA* una pluralización temática dentro de los focos tradicionales de la historiografía liberal argentina. Patricio J. Maguire estudió el aporte de las logias masónicas a las independencias hispanoamericanas; José Luis Masini, Marta Beatriz Goldberg de Filchman y Laura Beatriz Jany se interesaron en la posición de los revolucionarios de 1810 ante la esclavitud y en la

situación de la comunidad negra en Buenos Aires; y Ricardo Piccirilli exploró la emigración porteña en Río de Janeiro durante la guerra de independencia.

En esa nueva fase, el *BIHAA* intentó rescatar aquellas figuras que dotaban a la historia argentina de una mirada exterior, como Edelmiro Mayer, oficial del Ejército Liberal, quien peleó en la Guerra de Sección norteamericana del lado de los abolicionistas del Norte y en la lucha contra los franceses y el imperio de Maximiliano de Habsburgo, a favor del bando juarista. Dentro de estas indagaciones en los bordes del nacionalismo argentino destaca el estudio del rusólogo Jack Weiner sobre el viajero Platón Alexandrovich Chijachev, quien dejó escrita una crónica titulada *Viaje a través de las pampas de Buenos Aires* (1844), la cual ofrece una radiografía de la Argentina de Rosas.

Weiner viajó a la URSS en 1964 y visitó bibliotecas y archivos de Moscú y Leningrado. En ellos pudo reconstruir el itinerario de Chijachev, un naturalista seguidor de la obra de Alexander von Humboldt, miembro de las Sociedades Imperiales de Geografía y Mineralogía de Rusia. Durante veintitrés años, Chijachev recorrió el continente americano desde Canadá hasta Argentina, pasando por Estados Unidos, México, Ecuador, Perú y Chile. Sus notas de viaje conformaron una fuente invaluable para la política del zarismo ruso hacia el Pacífico americano en el siglo XIX, pero también para el análisis comparado de las repúblicas americanas.

Otras evidencias de que el nuevo americanismo del *BIHAA* privilegiaba el nexo con la historiografía

latinoamericanista de Estados Unidos en la Guerra Fría, fueron las críticas a otros campos historiográficos como el francés. Ricardo Caillet Bois reseñó severamente la edición venezolana de *Las grandes líneas de la producción histórica en América Latina* (1965) de Pierre Chaunu, obra que sintetizaba los avances en los estudios históricos de la región desde los años 50. Caillet señaló múltiples vacíos en la obra de Chaunu, mismos que, a su consideración, respondían al desconocimiento y la subestimación de la historiografía argentina. El autor de *Sevilla y el Atlántico* (1949), según Caillet, ignoraba las recopilaciones de documentos, actas capitulares, fuentes primarias y recursos hemerográficos, cartográficos e iconográficos, publicados por el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Nacional y el propio Instituto Ravignani.

No lo dijo claramente Caillet, pero tal vez pensaba que los vacíos de Chaunu tenían su origen en una visión de América Latina determinada por el archivo colonial europeo, sumamente valiosa para pensar los siglos XVII y XVIII, pero no tanto el XIX y el XX, épocas hacia las que se abocaba más fuertemente el proyecto del Instituto Ravignani. Más que el hispanoamericanismo español, el lusoamericanismo portugués o el latinoamericanismo francés, la perspectiva interamericana se volvía indispensable dado que el objetivo de la institución y su revista era la historia del Estado nacional argentino, precisamente en los siglos en que Estados Unidos consolidaba su hegemonía en el continente.

La presencia de las Américas en la publicación argentina, tradicionalmente, se había limitado a los

países limítrofes como Brasil y Uruguay, cuya importancia estaba dada, en buena medida, por el propio proceso de construcción nacional en el Río de la Plata. Entre fines de los años 60 y principios de los 70, el espacio americano levantó su perfil en la publicación por medio de intervenciones de académicos norteamericanos como el profesor de la Universidad de Princeton, Roland T. Ely, autor de un libro fundamental sobre la economía de plantación esclavista en Cuba: *Cuando reinaba su majestad el azúcar* (1963), editado en Buenos Aires por la Editorial Sudamericana. El estudio de Ely, elaborado a partir de fuentes de archivos cubanos relacionados con las empresas del comerciante y banquero de Nueva York, Moses Taylor, arrojaba luz sobre el fenómeno imperial del esclavismo azucarero, el cual impactó en amplias regiones del Caribe y la costa Atlántica de América Latina.

A mediados de los 60, Ely tuvo un papel activo en las Jornadas de Métodos de Investigación y Enseñanza de la Historia, organizadas en Buenos Aires por comités de historiadores de Estados Unidos y Argentina. En una síntesis de sus intervenciones en aquellas jornadas, aparecida en el *BIHAA* en 1969, Ely insistió en la necesidad de “relacionar la historia de las Américas”, partiendo de la premisa de que todas sus naciones formaban parte del “Nuevo Mundo”. El historiador recordaba el poema de Robert Frost, “Una buena cerca no hace buenos vecinos”, inspirado en las disputas territoriales entre ganaderos y agricultores en Inglaterra, y proponía trasladar aquella sabiduría popular a las relaciones entre Estados

Unidos y América Latina y entre los diversos países latinoamericanos entre sí.

Ely, que conocía personalmente a Fidel Castro (de hecho, agenció la visita del líder cubano a la Universidad de Princeton en 1959 y lo alojó en su casa), fue quien introdujo, tal vez por primera vez, el tema de la Revolución cubana en el *BIHAA*. Y lo hizo dentro de una argumentación que se apartaba claramente de la tónica antiperonista y anticomunista de la publicación, predominante desde los años 50. A propósito del desconocimiento mutuo de las historias de Estados Unidos y América Latina dentro del propio gremio de historiadores, Ely comentaba:

En innumerables kioscos y puestos de periódicos de todas las grandes ciudades latinoamericanas se venden fotografías, medallas y otros recuerdos con la efigie de John F. Kennedy, pero, ¿cuántos de esos individuos que compran o venden esos artículos comprenden al país que produjo un Kennedy, un Franklin Roosevelt, un Lincoln o un Jefferson? Y recíprocamente, ¿cuántos norteamericanos saben lo suficiente sobre la historia cubana como para valorar el fenómeno de Fidel Castro en términos que no se limiten al de la conspiración comunista internacional apañada por Moscú? ¿Cuántos han oído hablar siquiera de San Martín y Sarmiento, Rosas y Perón, Artigas y Batlle Ordóñez? Aun en el nivel universitario cabría preguntarse cuántos estudiantes y profesores están en condiciones de analizar la

tesis de Turner sobre la frontera Oeste de Norteamérica y su grado de aplicabilidad en la historia de Argentina, Brasil o Chile.¹⁴

Ely hizo eco de una observación de Lewis Hanke, profesor de la Universidad de Columbia, a propósito de que, en América Latina, muy pocos programas de estudios universitarios incluían cursos de historia de Estados Unidos. Pero agregó que, en la propia región latinoamericana, había una tendencia cada vez más evidente al nacionalismo autorreferencial, poniendo como contraejemplo sus propios seminarios y cursos sobre historia de Estados Unidos en la Universidad de Buenos Aires, entre 1965 y 1966, y llamaba a todas las instituciones argentinas, especialmente al Instituto Ravnani, a convertirse en abanderados de la historia americana comparada.

Al final de su escrito, Ely, quien siempre inscribía aquel llamado al diálogo académico dentro de una perspectiva “interamericana”, colocó el problema de la incomunicación historiográfica en el hemisferio en el contexto de la Guerra Fría. A su juicio, el conflicto bipolar era una realidad del sistema internacional que no tenía sentido negar. La confrontación ideológica entre ambos bloques demandaba información y conocimiento sobre las experiencias de cada país del socialismo real o de las democracias occidentales. Como parte de Occidente, para las universidades latinoamericanas era un deber propiciar un mayor entendimiento de la experiencia histórica de Estados Unidos:

Por ser una de las superpotencias mundiales, los Estados Unidos no pueden tener más esperanzas de ganar concursos de popularidad en el Nuevo o el Viejo Mundo que la Unión Soviética. Por otro lado, la vasta proliferación de cursos e institutos especiales dedicados al estudio de la historia y la lengua de Estados Unidos en la Unión Soviética, y viceversa, desde la Segunda Guerra Mundial, refleja el reconocimiento del hecho de que ambas naciones debieran comprenderse y respetarse mutuamente, aunque nunca llegaran a ser vecinas excesivamente cordiales. Siguiendo el mismo razonamiento, los estudiantes inteligentes de América Latina tienen el deber para consigo mismos de llegar a un mejor conocimiento del así llamado “Coloso del Norte”, a través del estudio formal de su historia y sus instituciones.¹⁵

Aquella interconexión con la historiografía norteamericana se hizo perceptible en algunos ensayos aparecidos en el *BIHAA*. Por ejemplo, en el estudio sobre los intereses económicos y la orientación diplomática de Estados Unidos en el Río de la Plata a principios del siglo XIX de Marta B. Goldberg de Flichman, cuyo trabajo con fuentes secundarias estaba fuertemente endeudado con la historiografía estadounidense (Charles C. Griffin, Arthur P. Whitaker y Samuel Flagg Bemis, entre otros), pero también con la poderosa corriente de la historiografía nacionalista cubana (Ramiro Guerra, Herminio Portell Vilá, José Luciano Franco, etc.), la cual sostenía que buena parte

de las ambivalencias de Estados Unidos hacia los procesos de independencia de Hispanoamérica tuvieron que ver con el deseo de Washington de “esperar vigilantemente” a que el dominio español sobre el Caribe se deteriorara.

En la línea trazada por Roland T. Ely en aquel ensayo de 1969, otra historiadora argentina, Hebe Clementi, reseñó dos ponencias presentadas en 1970, en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Moscú. Allí los historiadores A. V. Efímov y G. P. Kuropiatnik enfocaron la historia de Estados Unidos desde una perspectiva marxista-leninista, según la cual, el expansionismo norteamericano contra las comunidades nativas o contra México, Centroamérica y el Caribe, entre los siglos XVII y XX, no respondía al enfoque turneriano de la conquista de la tierra libre, sino a la dinámica propia del capitalismo. A la historiadora le parecía una “simplificación extrema” la perspectiva de Efímov y Kuropiatnik, quienes no podían explicar por qué otros capitalismos americanos no habían tenido un proceso expansionista similar y, con frecuencia, repetían las mismas tesis de Frederick Jackson Turner, descalificándolas ideológicamente.

Pero, tal vez, el más claro efecto del nuevo latinoamericanismo historiográfico de Estados Unidos en el *Boletín*, se produjo en los 70 con la recepción de estudios como el clásico del profesor de Amherst College, Robert Potash, *The Army and Politics in Argentina* (1973), cuyo primer volumen, subtítulo “Yrigoyen to Perón”, el cual comprendía de 1928 a 1945, fue comentado por Salvador María Lozada. La reseña de

Lozada era más descriptiva que analítica pero destacaba la objetividad en el tratamiento de un tema que dividía ideológica y afectivamente a los argentinos. Según Lozada, Potash tenía “prescindencia personal respecto del proceso”, que no lo “condicionaba” para producir una “obra rigurosamente histórica”.¹⁶

Al aceptar los orígenes militares del peronismo y tratar la figura de Perón sin los partidismos políticos habituales en el campo historiográfico argentino, Potash se colocaba más allá de la polémica sobre el revisionismo que marcaba la producción intelectual argentina desde los años 40. Como es sabido, Potash desarrolló una visión crítica del peronismo que prescindía de los estereotipos y descalificaciones típicos del antipopulismo y el anticomunismo de la Guerra Fría. En el segundo volumen de su trilogía, que abarcaba el periodo de 1945 a 1962, entre Perón y Frondizi, Potash reconoció la eficacia electoral y movilizadora del peronismo e insistió en el papel del ejército durante aquel régimen, en contra de la visión salvadora de los militares, misma que una parte de la historiografía liberal transmitió después de 1955.

En 1983, Tulio Halperín Donghi escribió un ensayo titulado “El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional”, el cual retomaba y profundizaba las tesis sostenidas en un libro suyo anterior, *El revisionismo histórico argentino* (1971). En el nuevo texto, el historiador amplió la tradición revisionista que se remontaba hasta los años 30 con libros como *La Argentina y el imperialismo británico* (1934) de los hermanos Julio y

Rodolfo Irazusta. En los Irazusta o en Ernesto Palacio, Halperín Donghi encontraba las raíces de un nacionalismo argentino de derecha, influenciado por las tesis de entreguerras de Charles Maurras y la Acción Francesa, mismas que mutaron bajo el peronismo en la corriente propiamente revisionista que reivindicó a Rosas y se opuso a la tradición liberal a mediados de siglo. A saber: Raúl Scalabrini Ortiz, José María Rosa, Fermín Chávez, Milcíades Peña, Rodolfo Puiggróss y Jorge Abelardo Ramos, por mencionar algunos.

Tal y como han advertido Fernando J. Devoto y Nora Pagano, aquella heterogénea corriente que provenía del comunismo, el catolicismo o del propio liberalismo, se enfrentó a la historiografía académica o erudita, personificada por el Instituto Ravignani, desde una escritura de la historia “militante” que pasó del peronismo a las diversas modalidades de la Nueva Izquierda en los años 60 y 70. La última dictadura militar, a partir de 1976, contribuyó a recolocar el debate historiográfico fuera del eje peronismo/antiperonismo, abriendo el campo académico a la intelección de fenómenos más amplios como la violencia y la lucha armada en tanto mecanismos de cultura política de una nueva izquierda.

Estudios como los de Juan Carlos Marín, Claudia Hilb, Daniel Lutzky, María Matilde Ollier, Richard Gillespie, Pablo Pozzi, Silvia Sigal o Vera Carnovale, desplazaron el debate historiográfico hacia las alternativas de comprensión de la violencia política en la Guerra Fría argentina. Como han observado recientemente María Cristina Tortti, Mora González Canosa y

Juan Alberto Bozza, la categoría de la “Nueva Izquierda” desestabilizó el quiebre tradicional del peronismo y el antiperonismo, el nacionalismo y el revisionismo, como plataformas argumentativas de la conversación historiográfica.

La escuela mexicana

La revista *Historia Mexicana* fue fundada en 1951 por Daniel Cosío Villegas y un grupo selecto de historiadores mexicanos con el objetivo de propiciar un foro de debate profesional sobre la historia de México. Uno de los miembros del primer núcleo editor, Wigberto Jiménez Moreno, lamentaba en 1952 la ausencia de una revista especializada en la historiografía nacional durante la primera mitad de la centuria. Más allá de que lo “profesional” de aquella historiografía estuviera muy lejos de las normas académicas contemporáneas, la prioridad de la publicación fue trazada a favor del avance del conocimiento histórico nacional.

Sin embargo, desde la Revolución mexicana, la posición del país en el sistema internacional y, especialmente, dentro de la región latinoamericana, había adquirido una relevancia notable. El Colegio de México, lo mismo que el Fondo de Cultura Económica, fundados por Daniel Cosío Villegas, tenían una evidente proyección continental, reforzada durante la Guerra Fría. Aunque concebida para actualizar y difundir la

producción historiográfica nacional, desde sus inicios, *Historia Mexicana* sostuvo una mirada hacia el acontecer intelectual latinoamericano. A grandes rasgos, en las páginas que siguen se propone una reconstrucción de la presencia de América Latina en las páginas de la revista.

Una de las primeras menciones de América Latina en *Historia Mexicana* apareció en la reseña del libro de Harry Bernstein, *Modern and Contemporary Latin America* (1952), escrita por María del Carmen Velázquez para el sexto número. La historiadora cuestionó la selección de países tratados en el libro del profesor del Brooklyn College, quien luego escribió un conocido ensayo sobre Matías Romero. Bernstein utilizó en su libro el concepto de “América Latina”, pero sólo se ocupó de México, Argentina, Brasil, Chile y Colombia. Según Velázquez, no era esa la única limitación del libro. También reprochó el peso del determinismo económico, traducido como “materialismo”, y la ausencia de una visión de conjunto de aquello que denominaba como “América española y portuguesa”.

Velázquez formó parte de la tercera promoción del Centro de Estudios Históricos y se especializó en el impacto de las guerras borbónicas en la Nueva España a finales del siglo XVIII. Su idea de una América Latina total, marcada desde los siglos coloniales por las instituciones y leyes de las monarquías ibéricas, estaba muy arraigada en la visión de su maestro Silvio Zavala. La presencia de estudiantes latinoamericanos desde las primeras generaciones del CEH en los años 40 (como las puertorriqueñas Monelisa Lina Pérez

Marchand e Isabel Gutiérrez del Arroyo, el guatemalteco Ernesto Chinchilla, el venezolano Eduardo Arcila Farías, el colombiano Germán Posada, la costarricense Ligia Cavallini y los cubanos Julio Le Rive-
rend, Manuel Moreno Fragnals y Carlos Funtanellas) contribuyó a completar el mapa de América Latina desde los primeros años de la revista.

Era aquel un latinoamericanismo que, a diferencia del hispanismo de la primera década del Centro de Estudios Históricos, estaba ligado a las redes interamericanas y las fuertes relaciones culturales con el campo intelectual y el mundo universitario de Estados Unidos, las cuales caracterizaron la vida académica mexicana en el arranque de la Guerra Fría. La importancia de las relaciones con Estados Unidos en la proyección misma del latinoamericanismo se observa en *Historia Mexicana* desde el breve ensayo de Charles E. Roman, en el que refutó la etimología peyorativa dada a la palabra “gringo”, supuestamente surgida en tiempos de la guerra de 1847 por algún uso del “Green grow the rashes”, verso de la famosa canción de Robert Burns. La nutrida nómina de historiadores norteamericanos que colaboraron en la revista desde sus orígenes (Stanley R. Ross, Jack. D. L. Holmes, Hugh H. Hamill, Frank A. Knapp, Robert A. Potash, Charles Hale y Herbert S. Klein, entre otros) da cuenta de esa conexión

Al cumplirse la primera década de *Historia Mexicana*, su director fundador Daniel Cosío Villegas escribió un breve texto intitulado “Diez años de camino”, mismo que antecedió al primer *Índice* de la publica-

ción, compilado por el peruano Luis Muro, también discípulo de Zavala. Allí Cosío Villegas señaló que el surgimiento de la revista fue posible porque la “historia de México” se había convertido “en uno de los campos predilectos de la curiosidad y la inteligencia nacionales, y una atracción cada vez más general y manifiesta de los estudiosos extranjeros, sobre todo de los norteamericanos”.¹⁷ En el momento que Cosío Villegas escribió aquel texto, ya El Colegio de México recibía financiamiento de la Fundación Ford. Aun así, buena parte de los recursos que se destinaron a sostener la revista en sus primeros años provino de empresas nacionales como Nacional Financiera, Banco de México, Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, Banco Agrícola y Ganadero de Toluca, etc.

La visión histórica de América Latina en la revista estuvo marcada por la presencia de aquel latinoamericanismo universitario de Estados Unidos, pero también por una disputa con la historiografía soviética que todavía no ha sido suficientemente dilucidada. Tras el triunfo de la Revolución cubana en 1959 y su radicalización marxista-leninista a partir de 1961, los historiadores soviéticos circularon una narrativa sobre el siglo xx latinoamericano que reproducía el tópico del “carácter burgués” de la Revolución mexicana. *Historia Mexicana* se convirtió en una plataforma de debate de la historiografía soviética desde que, en el número 40 de la primavera de 1961, Lucila Flamand reseñó severamente el libro colectivo de B. T. Rudenko, N. M. Lávrov y M. S. Alperóvich, *La Revolución mexicana. Cuatro estudios soviéticos* (1960).

Como bien observó Flamand, siguiendo a Juan A. Ortega y Medina, la interpretación soviética de la Revolución mexicana en el arranque de la Guerra Fría, reaccionaba contra la lectura positiva del agrarismo, el indigenismo y el nacionalismo cardenistas y post-cardenistas de la historiografía estadounidense (Frank Tannenbaum, Robert E. Quirk, E. David Cronon, Charles Cumberland, Stanley R. Ross, etc.). Fue justamente Ross quien, en otro número de *Historia Mexicana*, perfiló aquel corpus historiográfico y destacó la importancia de la *HAHR* en su difusión. La historiografía soviética de la Guerra Fría, desde las páginas de la revista *Vaprosy Istorii*, reaccionó contra aquellos análisis, insistiendo en las limitaciones de una revolución donde la clase obrera nunca llegó a tomar el poder dada la escasa industrialización del país.

El debate, que tenía como trasfondo la pugna entre dos modelos de revolución, el mexicano y el cubano (como advirtió muy temprano Daniel Cosío Villegas), tuvo grandes implicaciones para las ciencias sociales latinoamericanas. En el primer número de *Historia Mexicana* de 1963, ya consumada la integración de Cuba al bloque soviético, el profesor de la Universidad de Arizona, J. Gregory Oswald, hizo un nuevo cuestionamiento integral del latinoamericanismo soviético, partiendo, otra vez, de Cosío Villegas y Ortega y Medina. Aunque el foco de atención de Oswald también era la Revolución mexicana, su crítica suponía una interpelación de la estrategia integral del Instituto Latinoamericano de la Academia de Ciencias de la URSS, cuyo director a principios de

los 60, S. S. Mikhailov, sostenía que, en la Guerra Fría, el imperialismo manipulaba a las izquierdas no comunistas latinoamericanas (especialmente, el cardenismo, el varguismo y el peronismo) para retrasar el avance de la causa socialista.

En 1961, Oswald ya había sido refutado por el historiador soviético I. R. Lavretski en *Vaprosy Istorii* y M. S. Alperóvich había defendido, en la misma revista moscovita, a la historiografía soviética de las críticas publicadas en *HAHR*. El nuevo ensayo de Oswald en *Historia Mexicana* fue respondido por L. I. Slezkin en la revista *Novaia Noveishaia Istoriia*, mediante el artículo “Ataque infundado a la historiografía latinoamericana soviética”. Oswald, por su parte, respondió a Slezkin en el número 56 de la primavera de 1965. El tema en disputa era México en la historiografía soviética, pero Oswald reconstruyó las líneas generales de la representación de América Latina en las ciencias sociales de la URSS. Con citas de Ponomariov, Mikhailov, Alperóvich, Lávrov y otros historiadores, el profesor de la Universidad de Arizona sostuvo que, tras la Revolución cubana, la historiografía soviética había rearticulado algunos clichés sobre la historia latinoamericana del siglo xx (vg. la Revolución mexicana concluyó en 1917, México estaba sojuzgado por el imperialismo yanqui, la experiencia cubana era el desenlace de todas las luchas populares latinoamericanas desde la independencia, sólo desde el socialismo era posible realizar los ideales auténticamente revolucionarios, etcétera), los cuales era preciso rebatir.

En la primera mitad de los años 60, *Historia Mexicana* se vio involucrada en aquel choque historiográfico de la Guerra Fría. Pero, pese a la sólida presencia de los historiadores de Estados Unidos, el tema latinoamericano en la revista fue tratado con matices y modulaciones propios, que no reproducían exactamente las mismas perspectivas de *HAHR* y otras publicaciones norteamericanas. Una polémica historiográfica más, en la misma tónica de la Guerra Fría, dejó entrever el latinoamericanismo que se abría paso en la publicación. En el número 62 del otoño de 1966, el diplomático argentino exiliado en México, Iso Brante Schweide, amigo de Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, Mario Bravo y otros socialistas desde los años 20, y muy cercano al Instituto Panamericano de Geografía e Historia, criticó tres libros sobre Iberoamérica publicados en Alemania.

Dos de aquellos libros, *Alemania, Díaz y la Revolución mexicana* (1964) de Friedrich Katz y *A la sombra de la Santa Alianza. Alemania y Latinoamérica* (1964) de Manfred Kossok, se publicaron en la RDA, y otro, *Herencia española y Revolución* (1957) de Joachin Fernández, en Westfalia, del lado de la RFA. Brante Schweide, curiosamente, era tan crítico del conservadurismo de Fernández, por “su doliente añoranza de la España de los Habsburgo”, como del, a su juicio, afectado antiimperialismo de Katz, quien no “comprendía el hondo significado humanista de la Revolución mexicana” e idealizaba la “sincera amistad de la Alemania oriental, la Unión Soviética y los países socialistas con México y América Latina”. En el dis-

tanciamiento de Brante Schweide con la historiografía alemana oriental sobre América Latina, reaparecía el diferendo con una visión entusiasta de la Revolución cubana que relegaba a la mexicana a mero antecedente burgués del proyecto socialista del Caribe.¹⁸

Aquel diferendo, que Stanley R. Ross enfrentó en su ensayo “Mexico: The Preferred Revolution” (1964), no era tal en la obra de Katz. En su respuesta a Brante Schweide, el autor de *La guerra secreta en México* (1981) dejó en claro que no compartía la esquemática valoración de la Revolución mexicana reproducida en la historiografía soviética y destacó su interlocución con historiadores mexicanos como Daniel Cosío Villegas, Luis González y González, Moisés González Navarro, Fernando Rosenzweig y Berta Ulloa. Ninguno de aquellos historiadores mexicanos jerarquizaba ideológicamente las dos grandes revoluciones latinoamericanas del siglo xx a favor de la socialista cubana y ninguno de ellos compartía la percepción de la Revolución mexicana (u otras experiencias de la izquierda latinoamericana no comunista de la primera mitad del siglo xx) como proyecto burgués.

El latinoamericanismo de *Historia Mexicana* se alojó en aquel flanco y avanzó, entre los años 50 y 60, a través de dos rutas historiográficas fundamentales: la historia de las ideas y la historia de las relaciones internacionales. Los principales libros de Leopoldo Zea sobre el pensamiento hispanoamericano en aquellas décadas: *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica* (1949); *América como conciencia* (1953); *América en la historia* (1957); y *El pensamiento latinoamericano*

(1965), fueron reseñados y comentados, elogiosamente, por María del Carmen Velázquez, María Elena Rodríguez de Magis y Charles Hale. En una de aquellas notas, Velázquez resumió que la visión de la historia de las ideas continentales de Zea proponía un distanciamiento del “panamericanismo” y, a la vez, una postulación de Hispanoamérica como lugar de enunciación de la filosofía occidental, pero también, como comunidad lo suficientemente diversa como para producir recepciones nacionales distintas de corrientes europeas como el liberalismo y el positivismo.

Autora del importante volumen de historia internacional, *Hispanoamérica en el siglo XIX* (1964), reseñado por Francisco Xavier Tapia, María del Carmen Velázquez mantuvo un interés permanente en la historiografía latinoamericanista con especial énfasis en las relaciones entre Estados Unidos y las naciones al sur del Río Bravo. A la vez que en Zea o Velázquez se alternaban enfoques “latinoamericanos” o “hispanoamericanos” de la historia continental, en la obra de Silvio Zavala se delineaba una perspectiva “americanista”, compartida por historiadores como Edmundo O’Gorman o Daniel Cosío Villegas. El ensayo de Zavala, “Rivalidades imperiales en el Nuevo Mundo” (1963), transmitía una visión integrada de la historia continental, en la que hispanoamericanos, lusamericanos, angloamericanos y, en menor medida, francoamericanos, experimentaban un devenir compartido y, a la vez, diferenciado. Esa perspectiva era muy similar a la sostenida por el propio Zavala en la *Revista de Historia de América*, editada por el Instituto

Panamericano de Geografía e Historia desde fines de los años 30, y por sus propios discípulos, reunidos en un homenaje que le rindió *Historia Mexicana* en el primer número de 1955.

La coexistencia de enfoques latinoamericanistas y hemisféricos en *Historia Mexicana* se mantuvo en el tránsito a la Guerra Fría tardía durante los años 70. Todavía en el índice temático realizado por Luis Muro en 1971, no aparecían América Latina, Latinoamérica o Hispanoamérica, sino simplemente “América”. Sin embargo, desde ese mismo año, el giro historiográfico favorable al marxismo y el estructuralismo, la historia económica y la historia social, comenzó a traducirse en un latinoamericanismo que insertaba a México en perspectivas continentales, cercanas a las posiciones desarrollistas y, en menor medida, socialistas, las cuales predominaban en círculos teóricos como los de la Cepal y la Teoría de la Dependencia. Fue decisiva en aquel giro la presencia de Enrique Florescano y Alejandra Moreno Toscano en el núcleo editorial de la publicación, ambos formados en París con apoyo de Zavala.

Los profesores de Princeton, Stanley y Barbara Stein, publicaron en 1970 un ensayo clásico, *The Colonial Heritage of Latin America*, reseñado en la revista por Miguel Marín Bosch. Al año siguiente, en el número 82, dedicado a conmemorar el vigésimo aniversario de la publicación, entonces bajo la dirección de Enrique Florescano, se tradujo un enjundioso ensayo de Stanley Stein y Shane Hunt sobre la historia económica del continente. Bajo el prisma de

la teoría dependientista y el socialismo cubano, estos historiadores llamaban a ir más allá de la sustitución de importaciones y la dilatación del mercado interno, en una estrategia de desarrollo de las economías latinoamericanas que superara la fase “neocolonial”.

La centralidad que adquirió la historia económica se reflejó en una mayor presencia de visiones de conjunto sobre la experiencia del continente en la larga duración. Héctor Aguilar Camín reseñó el volumen *La historia económica en América Latina* (1972), editado por la SEP, que reunió estudios de Tulio Halperín Donghi sobre Argentina, Francisco Iglesias sobre Brasil, Thomas Mathews sobre el Caribe, Juan Maiquashca sobre Ecuador, Juan Oddone sobre Uruguay y Enrique Florescano sobre México. Alejandra Moreno Toscano comentó el clásico estudio de Marcello Carmagnani, *L'America Latina dal '500 a oggi* (1975). Jesús Monjarás-Ruiz se ocupó de la historia socioeconómica de Centroamérica de Murdo J. McLeod en *Spanish Central America* (1973). Andrés Lira examinó otro clásico, *Studies in Colonial History of Spanish America* (1975) del historiador chileno Mario Góngora y Jan Bazant atendió los ensayos de Stanley Stein, Roberto Cortés Conde, Kenneth Duncan, Ian Ruthlegde, Robert G. Keith y François Chevalier.

El recorrido por estas reseñas en *Historia Mexicana* durante los años 70, da cuenta de la presencia de América Latina en la revista y, a la vez, del rico debate teórico sobre las estructuras de la economía latinoamericana en aquella década. Mientras Stein hablaba de un sistema “neocolonial”, Carmagnani prefería el

adjetivo “feudal” que, en buena medida, rechazaba Góngora en sus estudios. Aquella discusión, como sugería Bazant en su nota sobre *L’Amerique Latine de l’indépendance á nos jours* (1977) de François Chevalier, no era un asunto del pasado, ya que fenómenos como la Revolución mexicana, el peronismo, el varguismo y, sobre todo, el cardenismo, no podían entenderse sin la historia previa del latifundismo latinoamericano.

A diferencia del momento de auge de la historia económica, la difusión que alcanzó en los años 80 la historia social y cultural, de las mentalidades y los imaginarios, de la vida privada y cotidiana, en buena medida por influencia de la *Nouvelle histoire* francesa, no se tradujo en un reforzamiento del latinoamericanismo de *Historia Mexicana*. Libros como *The Frontier in Latin American History* (1978) de Alistair Hennessy o *Notable Family Networks in Latin America* (1984) de Diana Balmori, Stuart F. Voos y Miles Wortman, interesaron a María del Carmen Velázquez y a María de los Ángeles Romero Frizzi. En los 80, América Latina perdió presencia en la revista y comenzó a recuperarla a fines de la década, cuando se instaló el debate sobre el quinto centenario de la llegada de Cristóbal Colón a estas tierras.

La decadencia de los socialismos reales en los años 80, la caída del Muro de Berlín en 1989 y la desintegración de la URSS entre 1991 y 1992, tuvieron un impacto poco reconocido y estudiado en la producción intelectual latinoamericana. Aquellos años, los cuales coincidieron con las transiciones a

la democracia desde las últimas dictaduras militares de la Guerra Fría, fueron fértiles en debates sobre la crisis del marxismo, el fenómeno del nacionalismo y las identidades culturales. Tres libros aparecidos en 1983 y con frecuentes reediciones en años siguientes: *Imagined Communities* (1983) de Benedict Anderson; *The Invention of Tradition* (1983) de Eric Hobsbawm; y *Nations and Nationalism* (1983) de Ernest Gellner, dejaron una impronta discernible en la historiografía latinoamericana.

El cambio global que se produjo entre 1985 y 1990 fue propicio para la renovación de la historia política, cultural e intelectual de la región. Junto con una inmersión en los estudios sobre las identidades y los nacionalismos, comenzó a producirse una rearticulación de la perspectiva iberoamericana que recibió impulso diplomático desde España, Portugal y diversos países del continente. La creación del mecanismo de las Cumbres Iberoamericanas (1991) en Guadalajara y de la institución de la Secretaría General Iberoamericana, además de la conmemoración de los quinientos años del arribo de Colón a América, en casi todas las capitales latinoamericanas, generaron una plataforma favorable al enfoque iberoamericano.

Aquel giro al iberoamericanismo, estrechamente ligado al fin de la Guerra Fría, se manifestó de múltiples formas en *Historia Mexicana*. Señal inequívoca de la nueva época fue la aparición, en el número cuarto de 1995, del ensayo-autocrítica de M. S. Alperóvich, historiador soviético fuertemente involucrado en los combates ideológicos de los años 50, 60 y 70.

Alperóvich reconocía, ahora, que historiadores críticos de la escuela soviética como Gregory Oswald y Juan A. Ortega y Medina tenían razón al cuestionar el supuesto “carácter democrático-burgués” de la Revolución mexicana y las izquierdas populistas y adjudicaba el error a que “aquellos trabajos fueron escritos por historiadores formados bajo la influencia de la ideología comunista”. Historiadores, agregaba Alperóvich, que “eran egresados de escuelas y universidades soviéticas, en las que se les persuadía con insistencia, la idea de la infalibilidad, impecabilidad y universalidad de la metodología marxista-leninista”.¹⁹

Recordaba también las campañas de censura o descalificación emprendidas por los jefes del Partido Comunista y la Academia de Ciencias de la URSS, como el lituano I. R. Grigulevitch (a.k.a. I. R. Lavretski). Según Alperóvich, Lavretski no sólo había sido el artífice de los ataques a la visión de la Revolución mexicana que transmitían publicaciones como *HAHR* o *Historia Mexicana* sino que había confrontado a historiadores soviéticos revisionistas como L. I. Zubok, quien en su temprano estudio *La política imperialista en el área del Caribe* (1948), valoraba positivamente la experiencia revolucionaria mexicana.

El quinto centenario de Colón en América comenzó a debatirse en *Historia Mexicana* mucho antes de octubre de 1992. La formación de comisiones nacionales que organizarían las celebraciones en cada país de la región, inició desde mediados de los 80 bajo el impulso del primer gobierno de Felipe González en España. En 1984 tuvo lugar una primera reunión de

miembros de dichas comisiones en Santo Domingo, República Dominicana, en la que participó Miguel León Portilla a nombre de México. Allí el profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México propuso no definir los actos por el quinto centenario como “celebración” sino como conmemoración y no llamar “descubrimiento” a lo que sucedió el 12 de octubre de 1492 sino “encuentro de dos mundos que habían permanecido totalmente ajenos el uno al otro hasta fines del siglo xv”.²⁰

El debate sobre los quinientos años de la llegada de Colón quedó abierto desde entonces en México, como se lee en publicaciones como *La Jornada Semanal* y *Cuadernos Americanos*. Edmundo O’Gorman respondió a León Portilla con la doble negación de “ni descubrimiento ni encuentro”, ya que, según sus propias investigaciones, en los viajes de Colón, América fue inventada como parte oriental extrema de las Indias y, por la misma razón, los europeos no encontraron aquí algo equivalente a un “Nuevo Mundo”. En *Historia Mexicana*, una de las primeras incursiones en el tema fue la del historiador norteamericano Lewis Hanke, especializado en los gobiernos virreinales americanos.

Hanke no dudaba en que había que “celebrar” y “conmemorar” el quinto centenario. Argüía que el “cariño” que se le tenía a hitos como el 12 de octubre de 1492, estaba fundado en “lo que Richard M. Morse llamaba la forma casuística tomística ibérica de ver la vida”.²¹ A su vez, sostenía que la mejor manera de celebrar era la investigación a fondo del fenómeno de la

conquista y evangelización de las Indias, rehuyendo los tópicos ideológicos e involucrando a investigadores más allá del mundo hispánico. Profesor de las universidades de Harvard, Columbia y Austin, Hanke puso como ejemplos sus propios estudios sobre Bartolomé de las Casas, los del también estadounidense Samuel Eliot Morison sobre Cristóbal Colón y los del hispanista sueco Magnus Mörner sobre el mestizaje como uno de los elementos constitutivos de la cultura latinoamericana.

El veterano intelectual católico mexicano, Antonio Gómez Robledo, también intervino en aquel debate, defendiendo, a partir de las viejas tesis panhispanistas de Carlos Pereyra, la necesidad de celebrar el descubrimiento de América con todas sus letras, remontándose a la querella neotomista sobre el derecho de gentes en el siglo XVI, por medio de glosas de teólogos como el escocés John Maior o los españoles Juan López de Palacios Rubios, Juan Ginés de Sepúlveda y Francisco de Vitoria, con el fin de reafirmar el tópico colonial de que la civilización hispánica era “superior” a la mexicana. Pero Gómez Robledo era lo suficientemente diplomático para registrar otras posiciones como las de los filósofos Leopoldo Zea y Enrique Dussel quienes, desde perspectivas diversas, también rechazaban el concepto de “encuentro de dos mundos”, debido a que el mundo conquistador, según el primero, “encubría” al conquistado o “intentaba constituirlo en ente explotable”, a decir del segundo.²²

En los años 90, conforme avanzaba el nuevo iberoamericanismo, repuntó el perfil de la región

en *Historia Mexicana*. Varios ejercicios de historia comparada colonial como los de las despoblaciones mexicana y peruana en los siglos XVI y XVII de Carlos Sempat Assadourian, las conexiones sevillanas de esos mismos virreinos de Teodoro Hampe, la desregulación comercial en Nueva España y Cuba durante el reinado de Carlos III de Allan J. Kuethe o el repaso de la historiografía argentina sobre los siglos XVII y XVIII de Enrique Tandeter, se publicaron a principios de aquella década. Clara Lida, quien asumió la dirección de la revista en enero de 1989, señalaba en la introducción al número 161, en el verano de 1991, que a cuarenta años de la fundación de *Historia Mexicana*, una de las “novedades” era la “apertura a la historia comparada que situaba a México en su hábitat histórico por antonomasia: Latinoamérica”.²³

En 1993 pudo constatarse aquella apertura hacia América Latina en el número 167, el cual incluyó ensayos de Jaime E. Rodríguez O. sobre las independencias en la América española, de Roberto Cortés Conde sobre el crecimiento de las economías latinoamericanas entre 1880 y 1930 y de Tulio Halperín Donghi sobre lo que llamaba la “reflexión hispanoamericana” o las diversas formas en que los hispanoamericanos habían debatido su experiencia histórica moderna, desde la *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar hasta los influyentes ensayos de Claudio Véliz y Hernando de Soto en los años 80. El ambicioso recorrido de Halperín Donghi se detenía en los sucesivos momentos de la tradición intelectual hispanoamericana, es decir, el republicano (Bolívar, Mier, Bello), el liberal

(Sarmiento, Alberdi, Lastarria, Otero), el positivista (Bulnes, Sierra, los hermanos García Calderón) y el revolucionario (Haya de la Torre, Mariátegui, Vasconcelos) para desembocar en los dilemas irresueltos por las tesis de la Cepal, la teoría de la dependencia y el socialismo cubano, que veía plasmados en los ensayos de Véliz y Soto sobre la paradoja del centralismo y la informalidad en América Latina.

En la presentación del número 169, en el verano de 1993, Alicia Hernández Chávez, entonces directora del Centro de Estudios Históricos, apuntó que desde 1989 el Colegio de México había decidido consolidar la presencia de estudiantes latinoamericanos en sus programas doctorales. El objetivo era que esos estudiantes profundizaran el conocimiento “no sólo de la historia de México sino también la de sus países, a partir de la perspectiva comparada”.²⁴ Aquella premisa se confirmó en el número 180, de la primavera de 1996, coordinado por la historiadora puertorriqueña Laura Náter y el profesor Carlos Marichal quien, con sus estudios sobre la deuda externa, las inversiones extranjeras, las crisis financieras y las relaciones diplomáticas continentales, se convertiría en uno de los referentes centrales del latinoamericanismo en la historiografía mexicana entre finales del siglo xx y principios del XXI. Con artículos de la propia Náter, Mabel Rodríguez, Teresa Maya, Marina Zuloaga, José Antonio Serrano y María Cecilia Zuleta, aquel número abordó el reconocimiento de la independencia de América Latina por España, las relaciones comerciales entre México y Estados Unidos en el siglo XIX, la

Conferencia Internacional Americana de 1889 y el primer panamericanismo, la política mexicana hacia la independencia de Cuba, la diplomacia española frente a la Revolución mexicana, los proyectos de unificación centroamericana y las iniciativas diplomáticas de Alfonso Reyes en Argentina.

Los temas latinoamericanos se afincaron en la revista en los años 90 con los estudios de Rafael Sagredo sobre los catecismos cívicos hispanoamericanos a principios del siglo XIX o los de Pablo Yankelevich sobre el intelectual argentino Manuel Ugarte y su visión de la Revolución mexicana. El debate entre Tulio Halperín Donghi, John Tutino y Florencia E. Mallon sobre las rebeliones campesinas y la construcción nacional en América Latina, aparecido en el primer número de 1997, fue muy revelador de la inscripción de *Historia Mexicana* en un campo historiográfico que tomaba distancia de la concepción meramente discursiva de los nacionalismos y que otorgaba gran importancia a las prácticas de resistencia de los sectores populares.

Aunque perdió fuerza en la primera década del siglo XXI, la perspectiva latinoamericana persistió en los estudios de Guillermo Palacios sobre las relaciones entre México y Brasil o los ensayos sobre la construcción de la identidad nacional en América Latina, Argentina y Cuba de los historiadores españoles Fernando Colom González y Consuelo Naranjo Orovio y la argentina Mónica Quijada, convocados por Tomás Pérez Vejo. Con estos estudios, en *Historia Mexicana* se produjo una vuelta a la línea crítica de los nacionalismos, misma que tomaba distancia de la historia

social defendida por Florencia Mallon, John Tutino y Eric Van Young, entre otros importantes historiadores.

La coyuntura del bicentenario de los procesos de independencia entre 2008 y 2010, volvió a colocar a América Latina en el centro de la publicación, aunque reiterando el enfoque hispánico. El número 229 del verano de 2008, coordinado por José A. Piqueras, atrajo colaboraciones de Antonio Annino, José María Portillo Valdés, Antonio Moliner Prada, Anthony MacFarlane, José Carlos Chiaramonte, Luis Miguel Glave y Beatriz Rojas. Si bien, algunos de aquellos ensayos estudiaron casos americanos particulares como los de la Nueva España, el Perú, el Río de la Plata o Cuba, el eje argumentativo del dossier preservaba y, a la vez, matizaba la tesis de la “revolución hispánica”, sostenida por François-Xavier Guerra, Jaime E. Rodríguez O. y otros autores.

En el verano de 2010, el número 237, coordinado por Tomás Pérez Vejo, volvió a tratar el tema de las revoluciones hispánicas. Esta vez el prisma elegido fue el de la cultura representacional de los centenarios y las conmemoraciones en 1910 de las independencias de 1810, por lo que el arco territorial incluyó diversos casos nacionales del mundo hispánico: Paraguay, Venezuela, Chile, Argentina, Ecuador, Colombia, México y, por supuesto, España. Este número, el más abarcador de todos los dedicados a la región en *Historia Mexicana*, partió de aquella premisa introducida desde los años 80 del siglo xx por Anderson, Gellner, Hobsbawm y otros autores, de que los nacionalismos eran procesos de construcción imaginaria fuertemen-

te endeudados con las liturgias y los ceremoniales de legitimación del Estado.

Tanto los números 229 y 237, coordinados por Piqueras y Pérez Vejo, respectivamente, implicaron un desplazamiento del horizonte iberoamericano trazado en los 90 hacia nuevas coordenadas interpretativas de lo hispánico. Esto no supuso un abandono de enfoques latinoamericanistas como los que se desprenden de colaboraciones de autores frecuentes de varias generaciones de El Colegio de México como Marco Palacios, Francisco Zapata, Pablo Yankelevich, Cecilia Zuleta, Alexandra Pita o Aimer Granados. Además de una de las plataformas fundamentales de la producción historiográfica nacional, *Historia Mexicana* no ha dejado de ser un espacio de diálogo y debate del saber histórico en América Latina y el Caribe.

A modo de conclusión

LAS POLÉMICAS HISTORIOGRÁFICAS aquí delineadas trazan un arco de preocupaciones ideológicas propias de la Guerra Fría. En aquellos años, para los historiadores estadounidenses, soviéticos, mexicanos y argentinos era fundamental definir qué tipo de economía, sociedad y Estado se había construido tras las independencias de los antiguos virreinos de la España borbónica. Los análisis de las gestas separatistas chocaron al revelarse ciertos énfasis, como el del carácter popular y anticolonial destacado por los soviéticos o el de la identidad liberal de las repúblicas hispanoamericanas, defendida por la historiografía estadounidense.

Hasta los años 50, la disputa fue alentada por una suerte de convergencia ideológica entre el nacionalismo revolucionario mexicano, el peronismo argentino, el varguismo brasileño y la filosofía del New Deal en Estados Unidos. A partir de aquella dé-

cada, con las revoluciones guatemalteca y cubana y la radicalización socialista de esta última, la tensión historiográfica incrementó al optar los soviéticos por una defensa del paradigma cubano. La formulación de una “revolución preferida” (mexicana o cubana) por unos y otros, dejó ver profundos desencuentros en la interpretación de la historia latinoamericana y caribeña.

Polémicas muy especializadas como la de la condición feudal o capitalista de la economía de la región, no fueron ajenas a aquel choque. De cómo se definiera el antiguo régimen dependía, en buena medida, qué tipo de revolución y, con esta, qué tipo de industrialización o desarrollo se adoptaría en cada país. El sentido modélico otorgado a cada revolución, produjo una automática diferenciación desde las historiografías nacionales, ya que los rivales académicos reclamaban aspectos específicos del pasado de cada país.

Como anotara en un ensayo clásico el historiador mexicano Luis Medina Peña, uno de los rasgos distintivos de la Guerra Fría fue que cada polo aspiraba a un alto grado de universalidad. La tensión del sistema bipolar operaba por medio de la competencia entre dos internacionalismos. Para el debate historiográfico, esto último fue decisivo, ya que buena parte de la historiografía argentina y mexicana no podía aceptar que el relato del pasado de América Latina y el Caribe se trazara proyectando un desenlace como el del socialismo cubano.

Las valoraciones sobre el carácter “burgués” de la Revolución mexicana o sobre el “populista” o “bona-

partista” del peronismo y el varguismo, emergieron en la historiografía soviética y marxista-leninista como parte de la autorización de la Revolución cubana en tanto opción adoptable a nivel regional. Tal vez, lo más relevante del recorrido que aquí se propone es que en las respuestas académicas a esa autorización surgió una gama heterogénea de interpretaciones sobre el cambio revolucionario en el siglo xx latinoamericano y caribeño que, en buena medida, retrata la irreductible pluralidad política del continente.

Notas

- 1 Clifton Kroeber, “La fuerza es el derecho de las bestias”, *HAHR*, 38: 1, 1958, p. 157.
- 2 I. R. Lavretski, “A Survey of the Hispanic American Historical Review. 1956-1958”, *HAHR*, 40: 3, 1960, pp. 349-350.
- 3 *Ibid*, p. 351
- 4 Harry Kantor, “Prophets of the Revolution”, *HAHR*, 42: 3, 1962, p. 421.
- 5 M. S. Alperóvich (*et. al.*), *Ensayos de historia de México*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1972, p. 41.
- 6 M. S. Alperóvich y B. T. Rudenko, *La Revolución mexicana de 1910 a 1917 y la política de los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Popular, 1969, p. 124.
- 7 M. S. Alperóvich (*et. al.*), *Ensayos de historia de México...*, p. 47.
- 8 *Ibid*.
- 9 “Advertencia”, *BIHAA*, segunda serie, año I, t. 1, núms. 1-3, 1956, p. 1.
- 10 Néstor S. Colli, “Puerredón, San Martín y Artigas”, *BIHAA*, segunda serie, año I, t. 1, núm. 1-3, 1956, pp. 232-233.
- 11 “Mitre”, *BIHAA*, segunda serie, año I, t. 1, núm. 1-3, 1956, p. 1.

- 12 Carlos S. A. Segreti, "Mariano Moreno y la independencia. Los justos títulos de la Revolución de Mayo", *BIHAA*, segunda serie, vol. 5, núm. 9, 1960, p. 4.
- 13 Hebe Clementi, "Whitaker, Arthur P., Argentina (1964)", *BIHAA*, segunda serie, vol. 7-8, núm. 11-13, 1966, p. 229.
- 14 Roland T. Ely, "Una buena cerca no hace buenos vecinos", *BIHAA*, segunda serie, vol. 11, núm. 18-19, 1969, p. 183
- 15 *Ibid*, p. 201.
- 16 Salvador María Lozada, "Potash, Robert, The Army and Politics in Argentina", *BIHAA*, segunda serie, vol. 14-15, núm. 24-25, 1971, p. 186.
- 17 Luis Muro, *Historia Mexicana. Índice*, México, El Colegio de México, 1961, p. IV.
- 18 Iso Brante Schweide, "Tres libros alemanes con temas americanos y españoles", *Historia Mexicana*, vol. 16, núm. 2, 1966, pp. 300-306.
- 19 M. S. Alperóvich, "La Revolución Mexicana en la interpretación soviética del periodo de la 'Guerra Fría'", *Historia Mexicana*, vol. 44, núm. 176, 1995, p. 678.
- 20 Antonio Gómez Robledo, "Descubrimiento o encuentro", *Historia Mexicana*, vol. 37, núm. 146, 1987, p. 285.
- 21 Lewis Hanke, "¿Cómo deben conmemorarse los quinientos años del descubrimiento de América?", *Historia Mexicana*, vol. 37, núm. 145, 1987, p. 101.
- 22 Antonio Gómez Robledo, "Descubrimiento o encuentro...", pp. 297-298.
- 23 Clara Lida, "Hacia la quinta década", *Historia Mexicana*, vol. 41, núm. 161, 1991, p. 9.
- 24 Alicia Hernández Chávez, "Presentación", *Historia Mexicana*, vol. 42, núm. 169, 1993, p. 3.

Bibliografía

Revistas

Hispanic American Historical Review (1916-1959)

Boletín del Instituto Ravignani (1956-1969)

Historia Mexicana (1951-2010)

Libros

Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

———, *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021.

Anna Clayfield, *The Guerrilla Legacy of the Cuban Revolution*, Gainesville, The University of Florida Press, 2019.

Daniel Cosío Villegas, *Llamadas*, México, El Colegio de México, 2001.

———, *Change in Latin America. The Mexican and the Cuban Revolution*, Lincoln, The University of Nebraska Press, 1961.

- Roberto Fernández Retamar, *Todo Calibán*, Buenos Aires, CLACSO, 1993.
- Thomas C. Field Jr., Stella Krepp y Vanni Pettinà, *Latin America and the Global Cold War*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2020.
- Aleksandr Fursenko y Timothy Naftali, "One Hell of a Gamble". *A Secret History of the Cuban Missile Crisis*, New York, W.W. Norton & Company, 1997.
- Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 2020.
- Anne Garland Mahler, *From the Tricontinental to the Global South*, Durham, Duke University Press, 2018.
- Adrián Gorelik, *La ciudad latinoamericana. Una figura de la imaginación social del siglo xx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2022.
- Aimer Granados (coord.), *Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, intelectuales, política y sociedad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, 2012.
- Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge-Massachusetts, Harvard University Press, 2015.
- Renata Keller, *Mexico's Cold War. Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution*, New York, Cambridge University Press, 2015.
- Luis Medina Peña, *El sistema bipolar en tensión. La crisis de octubre de 1962*, México, El Colegio de México, 1971.
- Louis Menand, *The Free World. Art and Thought in the Cold War*, New York, Farrar Straus and Giroux, 2021.
- Jesús Iván Mora Muro, *Los historiadores. Una comunidad del saber. México, 1903-1955*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2021.

- Manuel Moreno Fragnals, *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Barcelona, Crítica, 1983.
- Samuel Moyn, *Liberalism Against Himself. Cold War Intellectuals and the Making of Our Times*, New Haven, Yale University Press, 2023.
- Juan A. Ortega y Medina, *Obras 5. Historiografía y teoría de la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018.
- Vanni Pettinà, *La Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018.
- Vanni Pettinà (ed.), *La Guerra Fría latinoamericana y sus historiografías*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid/AHILA, 2023.
- Alexandra Pita y María del Carmen Grillo, *La Revista de Historia de América. Silvio Zavala y la red de estudios americanistas*, Buenos Aires, Teseo Press, 2021.
- Rafael Rojas, *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*, Madrid, Turner, 2021.
- Horacio Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*, Buenos Aires, Tren en Movimiento, 2020.
- Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Kurt Weyland, *Revolution and Reaction. The Diffusion of Authoritarianism in Latin America*, New York, Cambridge University Press, 2019.
- Francisco Zapata, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1990.
- Eric Zolov, *The Last Good Neighbor. Mexico in the Global Sixties*, Durham, Duke University Press, 2020.
- Kurt Weyland, *Revolution and Reaction. The Diffusion of Authoritarianism in Latin America*, New York, Cambridge University Press, 2019.

COMBATES
POR LA HISTORIA
en la Guerra Fría
latinoamericana
de Rafael Rojas

se terminó de imprimir en la Ciudad de México
el mes de mayo de 2024, con un tiraje de 500 ejemplares,
más sobrantes para reposición, en los talleres de
Estampa Artes Gráficas, Privada de Doctor Márquez 53,
Colonia Doctores.

Tels. 55 55 30 52 89 / 55 55 30 55 26
estampa.dirección@gmail.com

Con el fin de difundir el conocimiento histórico, la COLECCIÓN **MIRADAS A LA HISTORIA** convoca a reconocidos investigadores, quienes se acercan al pasado a partir de múltiples temas, personajes y testimonios.

Durante la Guerra Fría, la historia de América Latina se convirtió en otro campo de batalla. Algunas revistas como *Hispanic American Historical Review* en Estados Unidos, el *Boletín del Instituto Ravignani* en Argentina e *Historia Mexicana* en México, dieron cabida a polémicas sobre la colonización y la conquista, la independencia y el liberalismo, las revoluciones y los populismos.

En este libro se glosan y reconstruyen algunas de aquellas discusiones, las cuales marcaron la vida pública y el saber histórico de nuestra región.

ISBN 978-607-6740-42-0



9 786078 740420 >



SEP
SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA